

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIA · INVENTO · VIAJE · DEPORTE · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS



DIRECTOR - PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

Ayuntamiento de Madrid

NÚMERO 40

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

En lo sucesivo no tendrá usted que recurrir a mil
distintos libros cuando tenga que realizar algún
::: trabajo sobre ciencias y artes militares :::

Toda la labor la encontrará
hecha, ordenada y agradable-
mente presentada en el nuevo



DICCIONARIO MILITAR

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA DE CIENCIAS MILITARES

Ensayos críticos y recopilación por
VICENTE VALERO DE BERNABÉ,
—— Capitán de infanteria ——

Magnífica obra que se publica lujosamente editada y con grabados interesantes que avaloran las exposiciones. El completo de la obra formará aproximadamente CUATRO HERMOSOS TOMOS de 1.000 páginas cada uno. Más de 3.000 grabados intercalados en el texto. Es una obra seria y amena, y por sus condiciones el consultor indispensable de todo el que tenga que tratar o estudiar asuntos militares. Para que esta espléndida edición se ponga al alcance de todos, la publicación se hace por cuadernos semanales, al precio de CINCUENTA CENTIMOS cuaderno.

Como nuestra edición es forzosamente limitada y el valor de la obra no permite ampliaciones de edición, si quiere usted asegurarse la posesión de tan interesante libro envíenos cuanto antes la noticia de su suscripción.

CUATRO CUADERNOS MENSUALES, 2 PTS. AL MES

El DICCIONARIO MILITAR de Valero de Bernabé será la obra fundamen-
tal de Ciencia y Arte militar que se haya producido en la presente época.



Pistola nacional ASTRA

De 9 mm. Modelo 1921

Declarada reglamentaria en el ejército por R. O. circular de 6 de Octubre de 1921. (D. O. núm. 228).

Dispara cartucho Campo-Giro reglamentario

Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA (Guernica)

Los pedidos deben dirigirse a la **A. V. DE BERNABÉ**
Delegación general en Madrid.... CALLE MAYOR, NUM. 86
Apartado núm. 886

PRECIOS

AL CONTADO

Pistola en su caja, con un solo cargador y baquetón. 67,50 pesetas
Idem con dos cargadores y baquetón. 70,00

A PLAZOS

Los señores que así lo deseen pueden adquirir la pistola a plazos con un aumento de cinco pesetas en el precio total del arma. El pago se hará remitiendo 20 pesetas con la orden de pedido y abonando el resto en cinco plazos mensuales de 11 pesetas.

MUY IMPORTANTE: En las ventas al CONTADO han de acompañar juntamente con el importe del pedido 3 pesetas para gastos de GUIAS DE CIRCULACION, PRECINTOS y embalaje, si las mercancías son para dentro de la Península, y si los envíos se han de hacer por paquete postal a AFRICA, BALEARES o CANARIAS, una peseta por pistola para gastos de guías, precintos y pago de paquete postal hasta la residencia del consignatario.

Ventajas de la pistola nacional ASTRA, de 9 mm., modelo 1921, reglamentaria

Perfecto equilibrio en la mano, que facilita y hace perfecta la puntería.

Robustez de mecanismos. En las pruebas oficiales se han disparado en esta pistola 2.000 cartuchos, sin que el mecanismo haya sufrido la más leve avería.

Elegancia de forma.

Poco peso.

TRIPLE SEGURO, QUE LO FORMA:

Seguro de aleta, que permite el dominio del arma, pues puede ser puesto y quitado con el dedo pulgar de la mano misma que empuña el arma.

Seguro de tecla, que impide en absoluto el disparo mientras no se empuña el arma.

Seguro del cargador, por el que no puede jamás dispararse, una vez retirado el cargador, el cartucho que quedó olvidado en la recámara.

El conjunto de los tres seguros hace que esta pistola jamás pueda ser disparada por equivocación o impericia del que la maneja, o por caída del arma en el suelo.

Garantía de funcionamiento. Al montar y empuñar el arma, teniendo colocado el cargador, se retiran automáticamente los seguros.

Facilidad de desarme. Todas sus piezas se desarmen rápidamente sin requerir el uso del destornillador.

Intercambiabilidad de piezas. Todas las piezas de la pistola son perfectamente intercambiables por otras de la misma clase. Cualquier avería puede por consiguiente, ser inmediatamente remediada por poco coste, estando siempre el arma en disposición de servicio.

La pistola nacional ASTRA, ganadora en el concurso de pistolas reglamentarias en el ejército, es la pistola militar más perfecta que actualmente existe en el mundo. Es robusta, tiene poco peso, no se encasquilla, no puede dispararse por impericia y se prepara automáticamente para el disparo en el momento de empuñarla. Dispara cartuchos con el máximo de tolerancia. Se arma y desarma con pasmosa facilidad y permite la reposición de piezas en escaso coste. Además constituye un triunfo de la industria nacional, por ser modelo completamente nuevo y español.

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 40 pesetas.

Pagaderas en seis plazos, el primero de 10 pesetas
y los restantes de 6 pesetas

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

Pts.	Pts.
Capote paño 1.ª..... 150	Uniforme kaki de estambre
Capota paño o estambre..... 210	y gabardina con pantalón y calzón..... 130
Peliza de 1.ª, rizo de id. 126	idem id. de dril, con id. 70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada..... 225	Volvar pellica con todos los avios y dorados..... 70
Guernesi de paño y estro..... 120	Idem y guernesi con id. id. idem..... 50
Paulatón Rey con franja seda..... 60	Poner cuello y vueltas con estrochas y soulache..... 17

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciese en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.



No soy ni sombra de lo que fui,
la juventud renace en mí,
Con PECA CURA lo conseguí.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal. Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel Muguet. Violeta. Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTES HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)



No dé usted vueltas a su cabeza. Para sumar no hay nada como la máquina ARGOS, de comprobación a la vista.

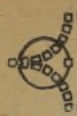
Precio, 225 pesetas.

L. ASIN. — PRECIADOS, 23. — MADRID

Catálogo contra envío de franqueo.

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente a nuestros suscriptores a quienes se les pasa cargo por la Caja Central, acepten el pago de la suscripción por trimestres, arreglo necesario para la buena marcha de la Administración de la Revista, en la nueva forma de periodicidad quincenal, importante mejora que en obsequio a nuestros suscriptores hemos implantado.



SECCIÓN DE CONSULTAS



J. T. G.—Carabinero. El tiempo que lleva de servicio y los abonos de campaña puede verlo en su filiación, que radicará en la Comandancia respectiva.

A. F. P.—No tiene derecho a reclamar la cuota. Su caso es uno de tantos que hoy existen mal resueltos.

F. M. de V.—Su Cruz ha sido concedida por Real orden de 18 de Julio de 1922 (*D. O.* número 161).

A. F. P.—Para conseguir lo que se propone ha de llevar tres años de empleo en el Cuerpo. El cabo José Jiménez hace el núm. 1.087 para ingresar en Carabineros.

F. A. M.—No tiene derecho a licenciarse un individuo acogido al voluntariado de un año.

J. N. P.—Con Real orden de 21 de Diciembre de 1921 se remite su instancia en unión de otras al Alto Comisario, a los efectos que estime oportuno esta autoridad.

RECUERDOS DEL PASADO

Una fecha inolvidable

Grande, inenarrable fué la hecatombe; aun vive en mi latente el recuerdo de tanta angustia, aun me parece oír la voz de tantos desgraciados que creyéndonos más fuertes que ellos, esperaban verse salvados por nosotros; ¡Qué crueldad, oír una voz que pide auxilio y tener que dejarlo abandonado! ¿Y cómo prestarle el auxilio que nos reclama si vamos nosotros, ayudados el uno por el otro sin que ninguno podamos sostenernos por nuestro pie? Recuerdo a nuestro Jefe, un capitán de Estado Mayor que, a pesar de llevar un muslo atravesado de un balazo, teniendo por vendaje una manga de su guerrera, desmayado por la pérdida de sangre, en un día abrasador del 22 de Julio del pasado año, cómo con sus escasas fuerzas ayudaba a otros que a su vez tenían que sostenerlo a él; recuerdo a mi compañero Lafuente, hombre fuerte, como a pesar de llevar un brazo fracturado a causa de golpe enemigo, sostenía con el brazo sano a nuestro querido Capitán, y resistía con el hombro del brazo lastimado a su compañero que con el pie izquierdo destrozado de un balazo y la pierna derecha también atravesada por otro, se apo-

yaba en ambos para avanzar a la par de ellos. ¡Qué marcha más penosa! nunca ha sido tan largo el camino de Anual a Bientib en cuyo trayecto nos sorprendió la tragedia. Recuerdo como aquel día murió el pobre Coronel Morales; recuerdo que herido mortalmente y abrazado al cuello de su caballo pedía que le pegasen un tiro, cayendo segundos después desplomado al suelo y teniendo que dejarlo en aquel campo de muerte, su agonía fué breve pero cruel. A mi vista se presenta como imagen perpetua aquel campo sembrado de cuerpos humanos que víctimas de la traición rifeña se encontraban muertos en su mayoría, moribundos otros; unos a consecuencia de bala, y otros faltos de resistencia física que les permitiera soportar el calor, la sed y el cansancio de aquel día; vivir en aquel lugar tan memorable día, es haber vivido muerto un día de nuestra vida; andar aquel camino interminable muy a retaguardia de la columna en retirada sujeto a la voluntad de cientos de enemigos que nos maldecían, que nos golpeaban y que nos despojaban de cuanto llevábamos, incluso de las prendas de vestir; en más de una ocasión nos vimos expuestos a morir vilmente a mano de un asesino, o ser prisioneros de una cuadrilla de foragidos;

aquel recuerdo me desvela muchas noches, y pensando en tanta crueldad como sufrimos aquel día teniendo como único consuelo de nuestra situación, la muerte, no dudo que algo milagroso nos conservó la vida.

Hoy, al verme disfrutando la tranquilidad de la vida de guarnición, dedico muchos ratos a aquel recuerdo, y al transcurrir el primer aniversario de tan memorable fecha, parece que una visión trágica, cual la descrita, invade mi imaginación representándome de nuevo con todos sus detalles los cuadros de horror que dejábamos a nuestro paso los cuales no se borrarán jamás de mi memoria.

JUAN G. DE MENDOZA
Piqueras, 22-7-22.

De otros tiempos

El subteniente B.

(Histórico)

Triste, y por todos estilos honesto, fué para España el periodo que medió desde el famoso Manifiesto de Fernando el Católico, de 4 de Mayo de 1808 hasta la revolución de las Cortes de San Juan.

Pero, si esto es cierto, no lo menos que no habían trascurrido

ni cuatro meses desde aquel alzamiento cuando ya los constitucionales, y en su representación la Junta provisional consultiva de Madrid, principiaron, como suele decirse, a *enseñar las uñas*, con disposiciones tan inoportunas y violentas como, entre otras, la de que los Párrocos y Ecónomos explicaran a sus feligreses todos los domingos y días festivos la doctrina constitucional desde los púlpitos.

Sucedieron a estas disposiciones otras de las Cortes que, despojando de grandes intereses y seculares privilegios a clases poderosas de la Sociedad, y en oposición con las ideas y los sentimientos de una buena parte de la clase media, y aun de cierta parte del pueblo, fueron en general, mal recibidas, con lo cual, y las violentísimas campañas que, por otra parte, venían haciendo los *exaltados*, en las sociedades patrióticas, en la prensa y hasta en las Cortes, y que a veces, los mismos realistas alentaban con el doble fin de ahondar la división existente entre aquellos y los *doceañistas* y mantener así viva la alarma y el desasosiego en el espíritu público desacreditando el nuevo régimen, no pasó mucho tiempo sin que diese señales de vida la reacción absolutista promoviendo disturbios y motines que, si bien en un principio eran fácilmente sofocados, no por eso dejaban de ser lamentables, así por lo que pronosticaban y, en efecto sucedió, como por las víctimas que en ellos solía haber. Que si triste y azaroso fué el período absolutista de 1814 a 1820, no fué menos aciago y turbulento el que, comenzando en dicho alzamiento, acabó con el horrible decreto de 1.º de Octubre de 1823, por la ceguera y la mala fe de los unos, la inexperiencia e intemperancia de los otros y el feroz apasionamiento de todos.

Y una de esas tantas turbulencias e intenciones revolucionarias en favor de la reacción absolutista como en la segunda época constitucional tuvieron lugar, fué la sublevación del regimiento de Zapadores Minadores, de guarnición en Alcalá de Henares.

Descubierta la conspiración, preso, entre otros y gravemente herido en la refriega con las fuerzas constitucionales, el soldado de dicho regimiento, Matías Gines; formada la causa correspondiente y tramitada esta con la rapidez y los pocos escrúpulos respecto a la observancia de los trámites y requisitos legales, con que entonces se procedía en esta clase de sumarias, fué Matías condenado a la pena de muerte, señalándose para la ejecución, uno de los días inmediatos al de la publicación de la sentencia.

Amarga y profunda impresión causó el fallo al Subteniente B... quien conociendo, como defensor que había sido del procesado, los atropellos cometidos en la tramitación de la causa y persuadido de la inculpabilidad de Matías, se hizo desde el primer momento el firme y el arriesgado propósito de salvarlo de la muerte aunque para conseguirlo tuviese que exponer su vida: que no era el Subteniente B... aunque casi imberbe aún, hombre a quien le dolieran prendas cuando de evitar la realización de una injusticia de aquella naturaleza se trataba.

Y la Providencia acudió en su ayuda.

Encima, como suele decirse, estaba ya el día en que debía cumplirse la terrible sentencia, tan atropelladamente impuesta a Matías, y aun no sabía el Subteniente B... los medios de que podría valer para la realización de su noble, al par que temerario

propósito de impedir la ejecución de dicho fallo.

Pero completamente resuelto a llevarlo a cabo, fuese como fuese, y creyendo que para ello le sería conveniente hallarse el indicado día cerca del procesado, comenzó por gestionar, y así lo consiguió, que le nombraran para la guardia en dicho día en el Hospital en que Matías se hallaba aún en la cama por consecuencia de las heridas que recibió el día de la fracasada sublevación. Después... Dios diría.

Y no fué sorda la Providencia a sus nobles deseos, pues no había hecho casi más que encargarse de la guardia cuando se enteró de que la noche anterior había muerto otro de los soldados del expresado regimiento de Zapadores (como Matías, preso y herido el día de la desgraciada intentona revolucionaria), y comprendiendo rápidamente lo que esto podía servirle para la realización de su propósito, hizo trasladar sin pérdida de tiempo el cadáver de aquél a la cama de Matías, colocando a este en la del otro, y [cuando momentos después se presentó en el Hospital el Oficial encargado de conducir a Matías al lugar en que había de ser ejecutada la sentencia, firme y resueltamente contestó a éste, que el reo había muerto a las dos de la madrugada.

Así salvó de la muerte a aquél infeliz soldado el joven y arrojado Subteniente del regimiento de Zapadores Minadores Pontoneros, D. José Bordiu Góngora. (1)

JOSÉ BORDIU

(1) El hecho es rigurosamente histórico, pues así consta en una certificación de servicios que obra en poder de la familia.

Campos del Riff

Rasgada y rota tengo el alma,
seco y gastado el corazón;
tan sólo vivo de recuerdos,
huyó de mí toda ilusión.

Perdí hace tiempo la alegría
soy un esclavo del dolor
por eso es triste siempre el ritmo
de mi monótona canción.

Es la tristeza de mi vida
como estos campos sin verdor,
grises y pardos, siempre iguales,
sin la belleza de una flor.

Cada recuerdo es una espina
de mi corona de dolor;
es mi agonía la agonía,
de un sediento bajo el sol.
Que es mi infinita sed de amores
como una inmensa maldición:
no hay una fuente en mi camino
que apague el fuego de mi ardor!

Sin manantiales de agua viva,
se fué secando el corazón,
y es la tristeza de mi vida
como esta tierra sin verdor,
árida y triste y seca, bajo
la lumbre bárbara del sol.

Juan Villaverde.

Mel.-Mar. 14-VI-22.

Cosas de las guerras

Cuando comenzó la guerra europea, todo el mundo creyó que la victoria iba a ser para Alemania.

«El que da primero da dos veces».

Sin embargo, si las enseñanzas de la historia no fallan, es mucho mejor salir vencidos en la primera batalla, que vencedores; y no es esto declararse por nadie, sino hacer ver lo absurdo que es asegurar los resultados de una guerra que apenas ha empezado. Demasido conocido es el final de la contienda europea.

Japón puede dar pruebas de

las sorpresas que a veces reserva la guerra. En 1894, cuando comenzó la campaña de China, la opinión general era que los japoneses pretendían suicidarse al ponerse en contacto con el inmenso imperio vecino; a pesar de todo, en poco tiempo las tropas del Mikado salieron victoriosas, asombrando al mundo con el acertado empleo que de las ideas modernas habían sabido hacer.

En la guerra del Transvaal, todo hacía pensar en un principio que Inglaterra iba a salir escarmentada. Las proezas de los boers anunciaban, al parecer, un completo triunfo; los ingleses, sin embargo, fueron los vencedores, aunque no se avergüenzan de confesar que lo fueron después de un largo período de desastres.

Muchas guerras del siglo pasado comenzaron con victorias para la nación que a la postre resultó vencida. Al empezar la guerra franco-prusiana, el grito «¡A Berlín, a Berlín!» se oía en todo París, y el gobierno francés aseguraba que el triunfo era completo y que todo estaba preparado, hasta el último botón del último soldado. Es más, el primer hecho de armas fué la derrota de la guarnición prusiana de Sarebruck por el general francés Frossard.

A los pocos días todo había cambiado. Los alemanes alcanzaban victoria tras victoria, y no se detuvieron hasta dictar la paz en el propio París.

Una guerra que chasqueó completamente a cuantos se dedican a hacer profecías sobre política internacional, fué la de Austria y Prusia en 1866. Nadie conocía la fuerza de Prusia ni la pericia de sus jefes, Bismarck y Moltke, y se creía que el triunfo de Austria era seguro. Pero los jefes prusianos preparaban una terrible sorpresa, y después de unas pocas bata-

llas más o menos decisivas, cuando ambos ejércitos se encontraron en Sadowa, los austriacos se encontraron con la novedad del fusil de aguja, novedad que constituía el secreto de los prusianos y cuyos efectos fueron verdaderamente asombrosos. Nada menos que diez y siete mil bajas, entre muertos y heridos, y veintidós mil prisioneros costó a los austriacos la invención de sus enemigos. A las siete semanas de haber comenzado, la guerra terminaba en favor de Prusia.

Cuando se declaró la guerra en 1885, entre Serbia y Bulgaria, todo el mundo esperaba que el rey Milano entraría en Sofía, la capital enemiga, con la facilidad con que cualquiera entra en un café; el mismo rey lo hacía creer así con sus bravatas y con algunas victorias que obtuvo sobre los búlgaros. Pero la cosa no pasó de ahí. Alejandro de Bulgaria reunió sus fuerzas, y con la más sencilla facilidad hizo retroceder a los serbios y los humilló hasta el polvo.

Otro caso histórico fué la guerra entre Turquía y Grecia. Lo más lógico, era que el Imperio otomano saliese derrotado, y para confirmar la creencia, empezó la lucha con una brillante serie de victorias por parte de los griegos, mientras el sultán veía sus tropas derrotadas, sus fuertes destruidos y sus barcos capturados. Aun los más pesimistas veían próximo el día de la entrada de los griegos en Constantinopla. Pero el destino lo quiso de otro modo, y en unas cuantas semanas los modernos espartanos aparecieron huyendo hacia el Sur.

En la guerra turco-rusa de 1877, los turcos tuvieron un buen principio: derrotaron varias veces a las tropas rusas y se apoderaron de algunos fuertes. Pero luego se volvieron las tornas y Rusia fué la victoriosa. Sin em-

ARMAS Y LETRAS

SECCION DE CONSULTAS

bargo, hay que hacer constar que los turcos dieron aún mucho que hacer a sus enemigos antes de confesarse vencidos.

Para mostrar lo arriesgado de las profecías, sobre todo cuando se trata de guerras principalmente navales, recordaremos la que tuvo lugar entre Austria e Italia en 1866. Como todo el mundo sabe, Austria no es una potencia marítima, en tanto que Italia puede vanagloriarse de su poder en las mares. Por consiguiente, lo más natural parecía, y así lo creyeron todos, que Italia vencería en toda la línea.

Tanto la escuadra italiana como la austriaca, se componían de veintitrés buques; pero mientras la primera llevaba once acorazados, la segunda no tenía más que siete, componiéndose casi en totalidad de barcos de madera, de modelo antiguo.

Nadie abrigaba la menor duda sobre el resultado de la lucha, cuando, después de sólo cuatro horas de fuego, la misera y casi inútil flota de los austriacos salía vencedora de sus contrarios en las aguas de Lissa.

Si consideramos las guerras en que nuestros ejércitos han intervenido, los mismos chascos de la suerte aparecen por doquiera. A los franceses los echamos de la Península después de haber llegado hasta imponernos un rey. En la primera guerra civil, los carlistas llegaron hasta las mismas puertas de Madrid para luego ser rechazados y vencidos por los liberales.

Nada más beneficioso para
su carrera como el nuevo
Diccionario Militar

INTERESANTE

Para ordenar y hacer posible la contestación de las consultas, en adelante nuestros suscriptores deberán remitirnos cada pregunta en el correspondiente boletín que publica ARMAS Y LETRAS.

Cada boletín servirá para una sola pregunta. Las consultas que no vengán escritas en el boletín se considerarán nulas. Los que deseen recibir la contestación directamente por carta deberán enviar con su consulta un sello de 0,20 pesetas. Rogamos a nuestros suscriptores se atenga detalladamente a estas instrucciones:

Apellidos
Nombre
Empleo Cuerpo
CONSULTA (1)

(1) Haced la pregunta clara y concisa.

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojos de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53 51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

un buen jinete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata

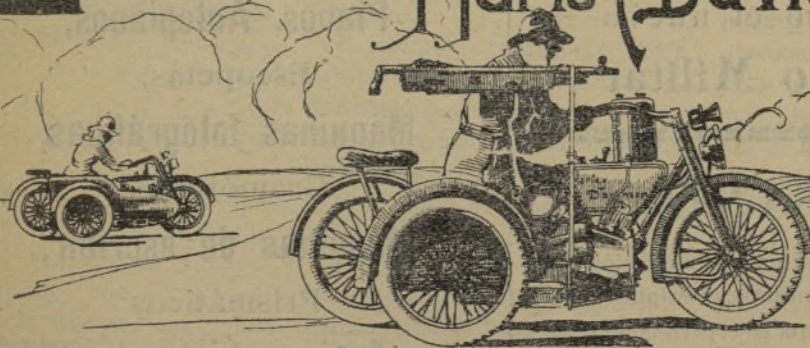
Cicatrizante Velox

Anticólico F. Mata



LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA

J. A. DE LANDALUCE

MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES · CIENTÍFICAS ·

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABE

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO III NÚM. 40
15 SEPT. 1922

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO
Semestre... 12 00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Páginas maestras de la literatura Universal.—Los ojos verdes, por G. A. Becquer.

Del tiempo viejo.—Los soldados de Felipe IV.

Ingeniería moderna.—Los rascacielos de las grandes ciudades.

Un nuevo aspecto de la aviación.—Los aviones sin motor.

Del capítulo de deportes.—El acto de zambullirse.

Uniendo dos mundos.—La línea de dirigibles de España a América.

Vulgarizaciones científicas.—Las maravillas del espectro.

Botín de guerra y botín de paz.—Cuento.

Lazarillo español.—Novela.

La raza hidalga.—Poesía.

Variedades, entretenimientos, actualidades, anécdotas y curiosidades.





LOS OJOS VERDES

Por Gustavo A. Becquer.



Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado ocasión lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes como las gotas de las lluvias que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en

desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más apropiado para cortar el paso a la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas jadeantes y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto...! ¡Alto todo el mundo!—gritó Iñigo en-



este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I

—Herido va el ciervo... herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... en cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... ¡Pero por San Saturio, patrón de Soria! cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares: ¿no véis que se dirige hacia la fuente de los Alamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?.

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría

tonces;—estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces?—exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos.—¿Qué haces, imbécil? ¡Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Cres acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor—murmuró Iñigo entre dientes,—es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Porque esa trocha—prosiguió el montero,—

conduce a la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente, paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que me ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves...? ¿lo ves...? Aun se distingue a intervalos desde aquí... las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame... déjame... suelta esa brida, o te revuelvo en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? y si llegase, al diablo ella, su limpieza y sus habitantes. ¡Sus! ¡Relámpagos! ¡sus, caballo mío! si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Iñigo les siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

II

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Alamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no váis a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pu-



limentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer!—exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí—dijo el joven;—es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que al parecer sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que a pesar de tus funestas predicciones llegué a la fuente de los Alamos, y atravesando sus aguas recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y susurrando, susurrando con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco, a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fué nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé que, ¡una locura! El día en

que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña... muy extraña... los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas... no sé: yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fuí un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño... pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora... una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto... sí, porque los ojos de aquella mujer, eran los ojos que yo tenía clavados en la mente; unos ojos de un color imposible; unos ojos...

—¡Verdes!—exclamó Inigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh, no!—dijo el montero.—¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo; demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la tierra, a no volver a la fuente de los álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que más amo!...—murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí—prosiguió el anciano;—por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dió la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¿Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Inigo

se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

III

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida, como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes!—exclamó Fernando, al ver burlada su esperanza;—¿querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corría por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebató de amor:

—Si lo fueses... te amaría... te amaría, como te

amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando—dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música:—yo te amo más aún que tú me amas; yo que descendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de tí, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven... ven...

La noche comenzaba a extender sus sombras, la luna rielaba en la superficie del lago, la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven... ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso... un beso...

Fernando dió un paso hacia ella... otro... y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve... y vaciló... y perdió pie, y cayó al agua con rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz, y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.



DEL TIEMPO VIEJO

Los soldados de Felipe IV

Próximos estaban a cumplirse cuatro años desde que Barcelona exasperada por el mal gobierno del privado de Felipe IV, el odiado Conde-Duque, había lanzado el grito de rebelión el día del Corpus, 7 de Junio de 1640.

Aquel día sufrió cruel y desastrosa muerte el virrey D. Damián de Queralt, conde de Santa Coloma, y partiendo de aquella fecha, tuvo principio una guerra funesta para el gobierno de Felipe IV y dolorosa para los atalanes, que en su desesperación, llegaron hasta auxiliarse del rey de Francia, natural y antiguo enemigo de la prosperidad de España.

Trabóse la guerra con ardiente encarnizamiento por una y otra parte, y decidióse a presentarse en el campamento y atentar con esto a los soldados que no estaban acostumbrados a que los monarcas empuñasen la bengala para dirigirlos al combate.

Desde los tiempos del victorioso emperador Carlos V, sólo había memoria de que Felipe II se hubiese presentado en campaña, cuando visitó el campamento de Filiberto de Saboya, después de la memorable jornada de San Quintín.

El sábado 6 de Febrero de 1644 partió el Rey de Madrid para la jornada de Aragón y habiéndose despedido de la virgen de Atocha, salió a las cuatro de la tarde, en dirección a Alcalá, donde durmió, yendo acompañado tan sólo de sus palaciegos y las trompetas.

No viajó muy de prisa Su Majestad, pues hasta el día 13 no llegó a Zaragoza.

Más de dos meses estuvo el Rey en la capital de la antigua corona aragonesa preparándose para salir a campaña, y en el intermedio mandó llamar por cartas a los grandes y señores de título del reino, para que fuesen a asistirle en la guerra y por fin se decidió a partir, señalando para ello el 29 de Abril, determinando sentar su residencia en Berbegal, que entonces se consideraba plaza fuerte y está situada en la meseta de una colina aislada, de áspera subida, a unas doce leguas de Zaragoza y dos de Monzón, cuyo castillo se divisa claramente desde allí.

Acompañaba al monarca espléndida comitiva, más propia del fausto de la corte que de la rudeza de la campaña, contándose en ella el marqués de Gracia, el embajador de Alemania, el marqués del Carpio, caballero mayor, el patriarca de las In-



dias, los gentiles hombres de cámara y los de boca, caballerizos y pajes de a caballo, juntándose hasta quinientos.

Deseoso se hallaba D. Felipe de presentarse en el campamento, así que, al siguiente día a las siete de la mañana ya estaba a caballo, dispuesto a correr la distancia que de sus tropas le separaba, la cual no excedía de media legua.

Sonó la señal de ponerse en marcha, que era dos tiros, y el Rey, que aguardaba en una ermita, empezó al punto su camino, siendo saludado al llegar al campo con tres salvas reales, de diez y seis piezas de artillería.

Componíase el ejército de 4.000 caballos escogidos, quince tercios y regimientos de infantería, seis de ellos españoles, dos valones, cuatro alemanes y tres italianos.

Conviene saber que los tercios de infantería española solían tener unos 3.000 hombres, divididos en doce compañías, no llegando a ese número los de las otras naciones.

Eran todos soldados viejos, que aparte de valer más de otro tanto que los bisoños, se hallaban animados con las mercedes que el Rey acababa de hacerles, excusándoles del pago de medias anatas o sea el descuento de la mitad del sueldo, durante el primer año en que gozaban de nuevo empleo.

Añadió a esto la concesión de un escudo de *venta* *taja* sobre cualquier sueldo que percibiesen.

Era la *venta* *taja* recompensa entonces muy en uso

en el ejército español, pero de la que se había abusado por extremo, ocasionando grandes gastos en el entretenimiento de las tropas, siendo causa de mucho descontento y murmuración entre los soldados, porque generalmente no se otorgaba al mérito sino al favor.

Por esto se propuso diferente veces remedio, llegando a fijarse la suma que debía tener cada compañía asignada para ventajas, que era de treinta escudos, no pudiendo exceder ninguna de diez, atento a la consideración de que la ventaja se daba más por honra de señalados servicios, que por utilidad del aventajado. Eran algo parecido a las cruces pensionadas, invención moderna.

Quiso el monarca, asimismo, dar una paga entera a la gente, pero tuvo que reducirla a media, en consideración a lo mucho que había gastado desde que salió de Madrid, que ascendía a seis mil escudos.

Era entonces motivo también de disgustos la provisión de cargos, y aunque sobre el asunto se habían tomado disposiciones y estaba consignado en las Ordenanzas dictadas por el mismo Felipe IV en 1632, reformando las de su padre, cómo había

de procederse, era lo cierto que lo mandado no se cumplía muy bien, cuando en esta ocasión ofreció el Rey a las tropas que para oficiales y puestos mayores no traería soldados de otras partes, sino que se sacarían de cada tercio, de forma que si vacaban maestros de campo, sargentos mayores, capitanes y banderas, se nombrarían tales oficios en los soldados del tercio y regimiento mismo.

Para más granjearse el afecto de los soldados, honrólos D. Felipe presentándose en el campamento al frente de banderas, a caballo, con la bengala o bastón de generalísimo y vestido a la usanza militar.

Sabido es que entonces los soldados no usaban uniforme y cada cual vestía y se armaba según su gusto y capricho, compitiendo todos en lo vistoso del traje, cadenas, bandas y plumas con que se engalanaban.

Así es que el Rey se presentó con calzón de punto, bordado de plata pasada, mangas de lo mismo, colete de ante llano, banda roja, bordada de plata, capote de albornoz rojo con alamares de plata pasada, espada y espuelas, estas asimismo de plata, y el sombrero negro con plumas de carmesí.

Extraordinario por todo extremo fué el entusiasmo de las tropas a la vista del Rey, y aquellas colinas y llanos retumbaban con las salvas de artillería, el redoble de las cajas, el sonido de los pífanos y los vítores de los soldados que arrojaban al aire sus sombreros, mientras el Rey saludaba con el suyo las banderas, que ha su vista tremolaban.

Mientras él veía con placer levantar las tiendas y barracones en donde se alojaban, llamando mucho su atención los tercios de los valones y alemanes, cuyos soldados llevaban consigo sus hijos y mujeres, convirtiendo los campamentos en verdaderos aduare, siendo no pequeño embarazo en las campañas.

Aun cuando la fortuna favoreció las armas de Felipe IV con la toma de Balaguer y sobre todo con la de Lérida, como la guerra no dejaba concebir esperanza de término cercano, el Rey, después de los triunfos obtenidos contra el francés en Cataluña, regresó a la corte, si bien con propósito de tornar a Aragón, como lo hizo en el siguiente año de 1645, acompañado de su primogénito D. Baltasar Carlos, que fué jurado en Zaragoza como sucesor de aquellos reinos.

Tal fué la expedición que en 1644 hizo Felipe IV, llevado por aquella sangrienta y porfiada guerra, que no terminó hasta que afligidos los catalanes con su duración y experimentando que con aquel estado de cosas y las vejaciones que les imponían sus protectores aparentes los franceses, padecían





mayor daño que con el gobierno de D. Felipe, se entregó Barcelona el 13 de Octubre de 1652, al marqués de Mortara y a D. Juan de Austria, el se-

gundo, quienes estrechamente la tenía cercada por mar y por tierra, con cuyo suceso en breve quedó pacificada toda Cataluña.

HEROICIDADES DE ANTAÑO

Siendo rey de Castilla el Santo D. Fernando III, conquistó el reino de Murcia su hijo el Infante D. Alonso, que luego reinó con el sobrenombre de Sabio, a quien lo entregó el rey moro Hudiel, para que lo defendiese de su competidor Alhamar, de Granada; pero quedaban aún por rendir las ciudades de Cartagena, Murcia y Lorca, y algunos castillos, temiéndose de otros de éstos que se alborotasen contra los cristianos que ya los tenían. Esperando los moros de Orihuela la llegada del Infante, contra ellos en este mismo año de 1242 de la era de Cristo, en que fué desde Castilla a la empresa dicha, determinaron pasar a cuchillo a todos los cristianos que moraban fuera de los muros de la villa, en el arrabal llamado Roch, en lengua valenciana, para poderse mejor defender del ejército cristiano, y así lo hubiesen efectuado a no ser porque el Alcaide del castillo descubrió el secreto a una mujer cristiana que amamantaba a un hijo suyo, para que se escondiese y pudiese a salvo en la fortaleza, y ella le suplicó

que la permitiese acompañarla a tres hijas suyas y así se lo otorgó el Alcaide, presentándose de noche la mujer cristiana con tres esforzados mancebos vestidos de trajes femeninos, entrando en el castillo por la puerta del muro que ciñe la ciudad por la parte de la peña, dejando fuera gente emboscada aguardando el aviso del suceso que intentaban; mataron al Alcaide y a los demás defensores del castillo, a los que hallaron descuidados, y avisaron inmediatamente a los emboscados, los que penetraron en la fortaleza por la puerta, que desde entonces se dijo de la *traición*, y en el castillo se hicieron fuertes y esperaron el resultado de la lucha de los demás cristianos contra los moros, quienes viéndose sin el castillo, y sabiendo que no podía tardar en llegar el Infante, se rindieron y sujetaron; el suceso ocurrió en 17 de Julio, festividad de las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina, y Orihuela celebró por muchos años su liberación de los moros en dicho día.



LOS RASCACIELOS EN LAS GRANDES CIUDADES

Los rascacielos

Tal vez la guerra europea no haya creado problemas nuevos; pero ha reverdecido y agudizado notablemente los antiguos, amplificándolos al mismo tiempo.

Preocupan la carestía de las subsistencias, las bruscas conmociones del valor de la moneda, las

lamente objetos a 25 y a 50 céntimos, ha denominada su oficina, a esa *Catedral del Comercio*, que encierra un millar de despachos u oficinas particulares. Pero esa fotografía, tomada desde un avión planeando a 240 y 250 metros de altura, da idea del conjunto de Manhattan, en una masa compacta, casi organizada, en la que la catedral de Woolworth no es más que el campanario.



La ciudad de los rascacielos fotografiada desde un avión. Nueva York vista desde un aeroplano ofrece el fantástico aspecto del que da idea la presente fotografía.

terroríficas oscilaciones de los cambios, la crisis de los transportes y la escasez de las viviendas. ¿Sería una solución tender hacia el sistema norteamericano de construir inmensos *rascacielos* que tantas familias pueden albergar?

La fotografía muestra la masa grandiosa del barrio Manhattan de Nueva York. El edificio más elevado que se advierte con una flecha central, es la Woolworth, que tiene 244 metros de altura y 55 pisos. Cúbrela en parte el enorme bloque rectangular de *La Equitativa*, y muy cerca están el *Bankers Trust, Singer, etc.*

Mr. Woolworth, ese millonario del bazar a precio único, que ha hecho su fortuna vendiendo so-

Un mundo en una calle

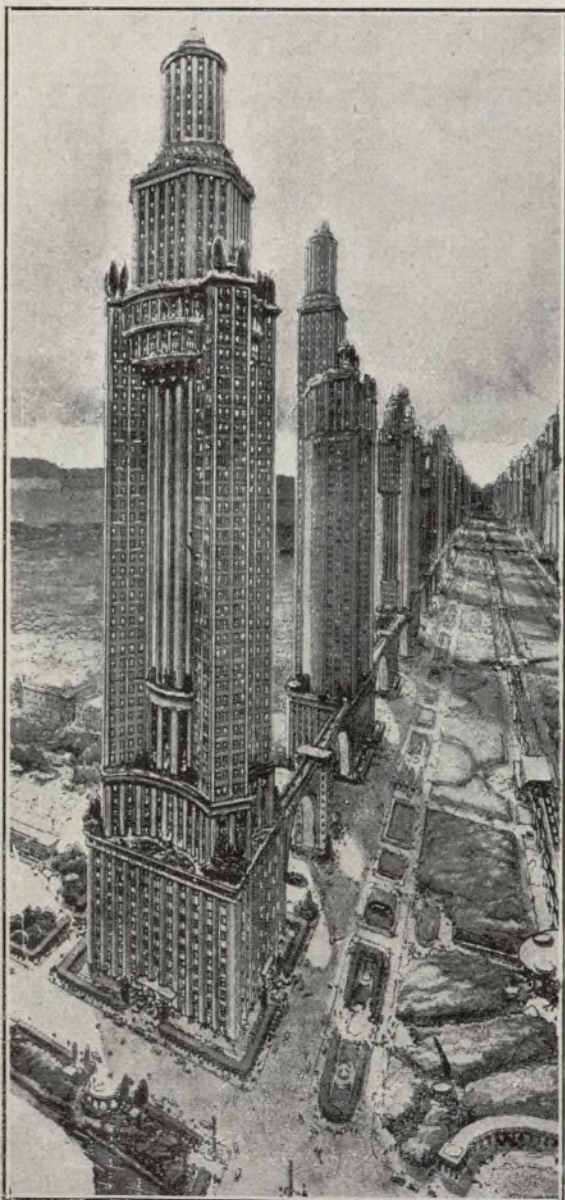
Sea lo que sea la impresión de grandeza que nos causa, no nos dejemos llevar de lirismos. Para comprender el exceso que realmente preside ese agrupamiento colosal no hay más que pensar en la Broadway, esa vía rectilínea de varios kilómetros, por donde pasan todos los negocios de América hacia el Atlántico y que juntamente bordea el Woolworth.

A las horas de entrada y salida del trabajo, 28 ascensores ultrarápidos toman o dejan en esta calle los 10.000 empleados del *rascacielo*. Éstos encuentran allí a sus camaradas de las oficinas inmediatas.

Las doce avenidas principales, de 30 metros de anchura, que cruzan el barrio, no son suficientes para absorber esta gigantesca multitud que las llena literalmente. La calle, estrangulada por la casa, amenazaba, a su vez, ahogarla.

Leonardo de Vinci había adivinado con cuatro siglos de antelación, la arquitectura americana, cuando preconizaba que: «La calle debe tener una anchura igual a la altura de sus casas».

Era el arquitecto americano por excelencia; es decir, el más audaz de su época.



Un arquitecto francés pretende resolver el problema de la habitación en París, construyendo una avenida de grandes torres cuyo conjunto ofrecerá el aspecto que reproduce este grabado.

Este conflicto trágico originado por una solución técnica audaz llevado al extremo en uno de sus factores; debe ser una advertencia para las ciudades europeas que deberían intentar imitar a América del Norte. Es decir, no imitar precisamente, sino tener en cuenta la experiencia americana.

Rascacielos en París

Mr. Auguste Perret, arquitecto francés de experiencia y reputación, ha formulado un plan referente a París; el plan de un ideal realizable; algo análogo al *practical ideal* americano.

La concepción del señor Perret, someramente expuesta, es así:

No pueden separarse los dos elementos de la población: la calle y la casa. La calle estrecha es cosa del pasado, de la antigüedad. El automóvil que es hoy el vehículo corriente, no ya de recreo sino de viaje, de carga, y, en general, de utilidad, exige avenidas amplias, y en cuanto a las casas nuestros mediocres técnicos permiten asignarles las nubes como techumbre. La teoría de Leonardo de Vinci nos conduciría a calles de 250 metros de anchura, y la ciudad se convertiría en plaza inmensa sembrada de torres.

Podría decirse que la zona militar parisina es una reserva para el París del porvenir.

Los veinticinco kilómetros de ese circuito, podrían ser jalonados por cien casas de las aludidas cien *casas-torres* o *rascacielos*, que serían calculadas para ocuparlas unas 3.000 personas cada una. Establecida esta cintura se irradiaría en las direcciones apropiadas.

La avenida de Neuilly, tiene ya una anchura de 85 metros y prolongada hasta la Croix-de-Neuilly la bordearían doscientas construcciones nuevas transformando así en anexo del Bois la foresta de Saint-Germain, lo cual proporcionaría a los parisinos, sin discontinuidad de verdor a una perspectiva arquitectónica sin semejanza. Aquí el proyecto responde a la misteriosa ley del ensanche de las capitales hacia el Oeste.

Destinadas las vías subterráneas al transporte de mercancías, los habitantes de París circularían únicamente por la superficie, viendo las paralelas que unían unas a otras la torres de la ciudad, rodeadas de jardines suspendidos. Pero estas consideraciones nos alejan del punto a tratar.

Nuevos materiales

Desde los últimos *buildings* u oficinas americanas, la técnica se ha suavizado con la inven-

ción de nuevos materiales. Las 23.500 toneladas de acero Martín de la armadura de un edificio como la Woolworth, desaparecen ante el cemento armado y freído y el cemento eléctrico.

La resistencia a la compresión de los postes contruidos por este medio, es triple que la del cemento armado ordinario. El cemento eléctrico, inventado durante la guerra para las plataformas de la artillería gruesa, es un ferroaluminato de cal, directamente obtenido al horno eléctrico, de la barita.

Fabricado sin carbón al pie de los Alpes, en los alrededores de Provenza, este material debe venir a ser el material francés por excelencia.

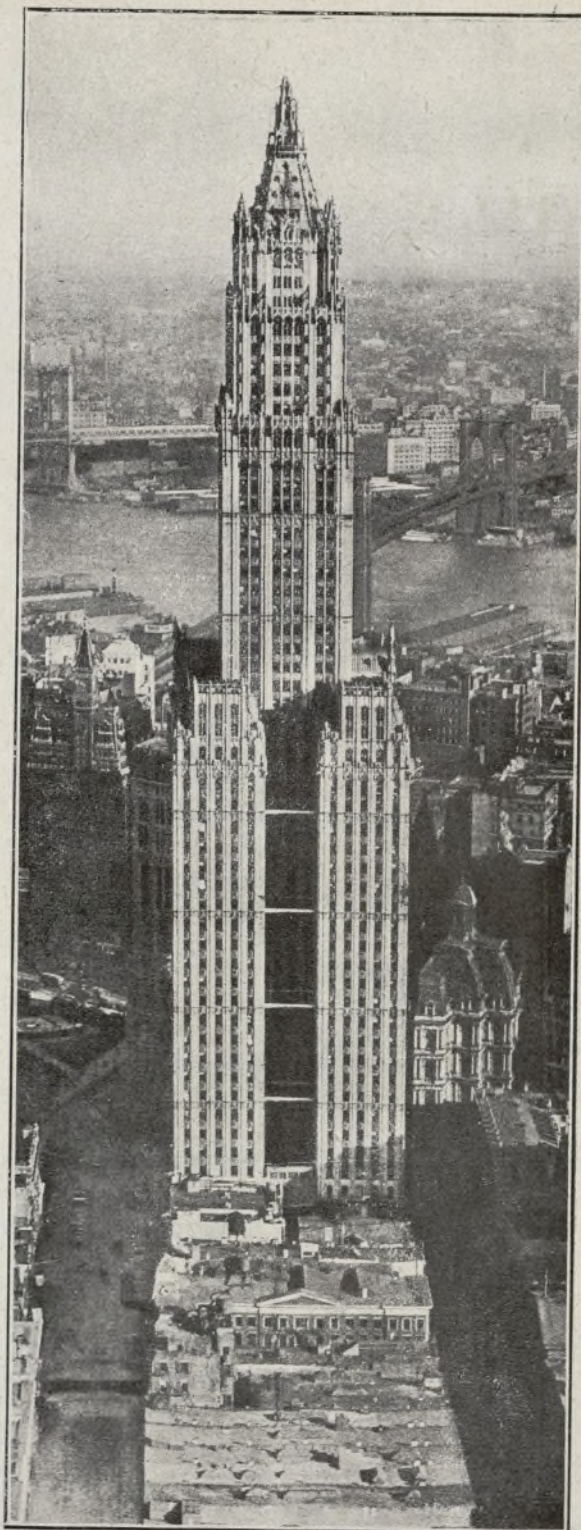
En veinticuatro horas adquiere la misma dureza que el portland ordinario en un mes, y esta dureza va acrecentándose con el tiempo.

Los siglos dieron fama al cemento romano, cuyo origen no es otro que un mortero cálcico ordinario. Igualmente el tiempo consolidará la nueva arquitectura. Entre tanto, nadie puede decir lo que será de las construcciones metálicas con revestimiento de ladrillo, ni negar que el incendio de un rincón de un *building* americano, sería una catástrofe sin precedentes.

El establecer los cimienos en otra ciudad, no presentaría siempre las comodidades tenidas en Nueva York. La llamada rocosa que desciende desde los grandes lagos hasta el Atlántico, suministra al *rascacielo* en Manhattan, asientos incomparables.

Nada parecido existe bajo París; su historia geológica describe capas alternadas de arenas, arcillas y gredas verdes, constituyendo una región inmergida y emergida diversas veces. A cada capa submarina corresponde un sedimento particular; pero lo que hoy queda de las lagunas en que se esparcía el plesiosauro y de las praderas en que pastaba el dinoterium no valen ahora apenas para asentar un inmueble de 200.000 toneladas. La torre Eiffel, con sus 9.000 por pilar, ha tenido que ser asentada sobre bloques hidráulicos susceptibles de rectificación. Ahora se ha fijado definitivamente.

Pero esa dificultad es más aparente que real, pues con estacas en cemento armado y zampeando con el mismo material, y si es preciso cubriendo toda la base del edificio, se conseguiría fundar tanto en el suelo más firme, como en el más movedizo. En las regiones escavadas artificialmente, los cimienos deberían estar a grandes profundidades. Pero, de todos modos, no es un obstáculo fundamental el tener que profundizar para encontrar cimentación, porque tampoco en el vaciado son despreciables los locales para que se aprovecha.



El «Woolworth building» de Nueva York es el edificio más alto del mundo. Mide 244 metros de altura, tiene cincuenta y cinco pisos, alberga diez mil personas que cuentan con veintiocho ascensores para trasladarse de un punto a otro dentro del edificio.

Un edificio para la vida moderna

En los dos primeros pisos de sótano de Woolworth, hay instalados, un vasto restaurant, un salón de peluquería y una piscina, todo muy bien aireado, sin que se note la falta de contacto directo con la atmósfera exterior; en el siguiente piso de más abajo, están los talleres y maquinaria del edificio, para la calefacción, ventilación; ascensores, bombas, etc., y aun debajo está el depósito de carbón. Desde el punto de vista económico, la habitación en estos enormes edificios, resulta aceptable.

Presenta el inconveniente de la servidumbre, que escasea, y que se resistiría, principalmente en poblaciones en que ya existe verdadera crisis de ella. Pero no importaría gran cosa carecer de criados en un cuarto de pocas piezas con menaje sencillo y bien dispuesto, dotadas de calefacción y de frío a todos los grados deseables, de elementos para la limpieza mecánica por medio del vacío, ya que no subiría mucho polvo a los pisos quinceavo o vigésimo; tolvas automáticas para desalojar la basura, tubos neumáticos para transmitir y recibir la correspondencia, restaurant cooperativo, que por medio de montacargas suministre los platos y raciones que se pidan a la hora deseada, devolviendo asimismo la vajilla para limpiarla; con una guardería, una escuela a domicilio para los niños, una enfermería modelo, grandes almacenes surtidos de cuanto pueda necesitarse y desearse, y un garage colectivo en el que los coches fueren lavados y cuidados por un precio mínimo.

Todo esto es una fantasía, cierto; pero una fantasía concebida para salvaguardar la libertad individual, respecto de propietarios y de domésticos, mediante la mecanización de unos servicios

y de la asociación para otros. Pero no es irrealizable.

En la tercera dimensión, que el hombre apenas empieza a conquistar, se transforma la vida, más que en la imaginación de los filósofos sociólogos.

Levantado por encima del ruido y del polvo el hombre gozará allí de un inmenso horizonte y de una perspectiva mucho más emocionante y deliciosa, que la de cualquier boulevard Raspail.

Un proyecto de cien millones

La gente práctica pidió a Mr. Perret que formulara el plan financiero de sus *rascacielos*.

Hé aquí algunos datos que estarán poco lejos de la realidad.

Para alojar 3.000 personas en ochocientas o novecientas habitaciones con toda la comodidad a que está acostumbrada la clase acomodada, habría que gastar, habida cuenta del precio actual de los materiales y de la mano de obra, una suma de 80 a 90 millones de francos. Si ahora consideramos que en París, a cuya ciudad se refiere el proyecto y el cálculo; el alquiler de un cuarto con cuatro piezas, es de 8.000 francos, para alojarlos en 800 cuartos, 16 por piso, se tendría un alquiler de 6.000.000 y medio, lo que supone para el capital indicado un beneficio de 8 por 100. Es poco, si se tienen en cuenta las cargas fiscales que pesan sobre la propiedad urbana de la capital de la república, para dejar el interés neto.

De todos modos, es esta una cuestión digna de ser estudiada con aplicación a todas las grandes ciudades donde el problema de la vivienda es insoluble para gran número de ciudadanos.

SORTIJAS Y AMULETOS

El difunto Emir del Afghanistan, tenía un anillo en el que poseía una fé ciega y al efecto le llevaba puesto siempre que iba a luchar con sus enemigos como si se tratase de un gran amuleto. No perdió su fe, pues aun viniendo a morir más joven que otros monarcas, falleció achacando a la virtud del anillo, la prolongación del tiempo de su vida.

Sabido es lo fatalista que era Napoleón I. Así no es extraño que gastase un par de anillos a los que atribuía facultades misteriosas. Estos anillos fueron a parar a manos de Napoleón III, que no se los quitó hasta morir, en cuya ocasión se le propuso a su hijo, el príncipe imperial, que dejase que se fuera con ellos a la tierra porque tenía la preocupación de que si se los quitaba moriría tempranamente. El

príncipe no accedió y, en efecto, fué muerto muy joven por los zulús, de mala manera.

Como romántica puede consignarse la historia del famoso anillo de la coronación en Inglaterra. Según la tradición, era una sortija regia corriente que fué regalada por Eduardo el Confesor a un anciano mendigo en medio de la calle donde se hallaba pidiendo limosna para ir a Jerusalén.

Al llegar el mendicante a la Ciudad Santa, supo lo del anillo San Juan el Divino, lo bendijo y ordenó al peregrino que se lo devolviese a su rey, según atestiguaron otros dos peregrinos.

El anillo fué depositado cuidadosamente en el relicario llamado del Confesor, en la Abadía de Westminster.

UN NUEVO ASPECTO
:: DE LA AVIACION ::

Los aviones : sin motor :



Avión sin motor, dispuesto para tomar el vuelo.

Un nuevo aspecto de la aviación, es el vuelo sin motor, es decir, el vuelo a vela. El hombre, que para dominar los elementos tiene que copiar a la Naturaleza, se fijó en que las aves gigantes, las que por su tamaño necesitan para elevarse y sostenerse en el aire un esfuerzo semejante al que necesita el cuerpo humano, apenas si baten las alas y realizan planeando sus grandes vuelos.

Sentado esto, los alemanes, al verse privados por el Tratado de Versalles de la construcción de aeroplanos con motores, se lanzaron resueltamente al estudio del vuelo a vela y con resultados eminentemente apreciables, que salieron a la luz pública en el primer concurso de Rhön en 1920.

Esta región del Rhön, situada en los alrededores de Francfort-sur-Mein, está caracterizada por un grupo de colinas, cuyo punto culminante es Wasserkuppe, a 959 metros de altitud. Suaves pendientes sin árboles, hacen apropiado el sitio para planear, volando en todos sentidos, cualquiera que sea la dirección del viento.

El concurso de 1920 se desarrolló desde el 15 de Julio al 16 Septiembre, reuniéndose veinticuatro concursantes y siendo de gran interés.

El mal tiempo impidió que se trabajara mucho. El primer vuelo digno de atención lo realizó Loessl, ventajosamente conocido en Alemania por sus estudios teóricos y prácticos sobre aviación.

Con viento de 6 metros y medio por segundo, voló 40 segundos y medio recorriendo 395'50 metros. La diferencia de nivel fué 99 metros; la velocidad, con relación al vuelo, de 10 metros, y con relación al aire, de 16 y medio. El aparato era un pequeño biplano; el piloto iba sentado en la delantera y gobernaba con palancas ordinarias de avión.

Al día siguiente, este mismo piloto, estaba preparado para ejecutar un vuelo, en el que prometía rebasar en duración y distancia todos los vuelos hasta entonces realizados. Pero a unos 150 metros

en una ladera, se rompió el timón de profundidades ocasionando la caída del aparato.

Los vuelos más notables fueron efectuados por el piloto Klemperer a bordo de un aparato estudiado y construido por la Asociación Aerotécnica de Aquisgrán.

Con viento de 15 a 18 metros por segundo, Klemperer realizó un vuelo de 75 segundos; después de la salida se elevó unos 10 metros quedando inmóvil en el espacio como unos diez segundos.

Algunos días después estuvo en el aire 2 minutos y 22 segundos, recorriendo 1.830 metros, utilizando una altura de 330 metros.

Aunque en el concurso de 1921 se adelantó mucho, ya en este de 1920 se obtuvieron magníficos resultados, pues a más de Loessl y Klemperer, otros seis u ocho pilotos realizaron buenos vuelos, planeados en distancias variables de 200 a 700 metros.

Se distribuyeron en premios en este concurso 23.600 marcos.

Al concurso de 1921 ya acudieron a inscribirse unos cuarenta y cinco aunque al concurso llegaron treinta. En un año se habían hecho muy sensibles progresos, por lo que las experiencias hubieron de tener una amplitud mucho mayor.

Uno de los concursantes, Pelzuer, llevó a cabo, en las tres semanas que duró el certamen, 62 vuelos, cuya duración total fué de 36 minutos y 40 segundos; otro, llamado Koller, estuvo en el aire 31 minutos en 25 vuelos sucesivos. También ejecutó uno de distancia que duró cinco minutos y en el que recorrió más de 4 kilómetros.

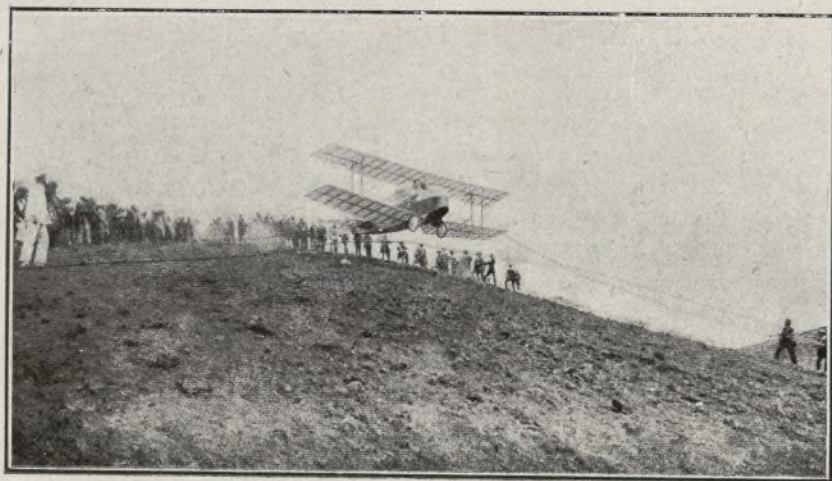
Martens, con un monoplano construido por una agrupación técnica de Hanovre, hizo vuelos muy interesantes, sobre todo uno, de 7'50 kilómetros, en 15 minutos y 40 segundos.

Kemplerer comenzó por efectuar una quincena de experiencias, que, totalizadas, no representan más de 23 minutos de vuelo; pero al día siguiente de la clausura del concurso, hizo un verdadero viaje: Partió de la cumbre de la Warserkuppe viniendo a aterrizar a las puertas de Gerefeld, exactamente en la dirección que había señalado antes de levantar el vuelo. Recorrió más de 5 kilómetros en 13 minutos.

En este concurso se distribuyeron entre los ganadores 72.500 marcos.

de la mañana, levantó el vuelo y se elevó rápidamente, llegando a 50 ó 60 metros y en dirección Suroeste volando contra el viento. Obediente al piloto, el aparato tomó una dirección más al Oeste, y se alejó hasta 1.200 metros del punto de partida, alzándose a más de 100 metros. Los que asistían a las experiencias, le veían volar en ondulaciones. Describió una gran curva y volvió sobre el punto de partida, describiendo anchas curvas a 150 metros de altura.

En seguida se repitió el vuelo en dirección sur-



Para lanzar al espacio el avión sin motor, se valen de unas cuerdas con poleas que imprimen velocidad al aparato.

Otros alemanes hicieron más experiencias que las de los concursos del Rhön, significándose Harth y Masserschmitt que obtuvieron incontestables resultados.

Ya en 1920; pretendían haber recorrido 220 metros en 1 minuto y 7 segundos, no descendiendo más que de 7 a 70 metros. También decían que habían mantenido el aparato a 15 metros de altura durante 3 minutos y medio, y que una vez se elevaron 50 metros sobre el punto del que partieron.

Estas cifras se tomaban con cierto excepticismo; pero fueron confirmadas en 1921, por una experiencia ante testigos, que constituye ciertamente una de las hazañas más notables que se había registrado hasta entonces, desde los comienzos de la aviación.

Esta experiencia tuvo lugar el 13 de Septiembre del citado año en Hildestein con viento de diez a doce metros cortado por rachas de veinte metros por minutos.

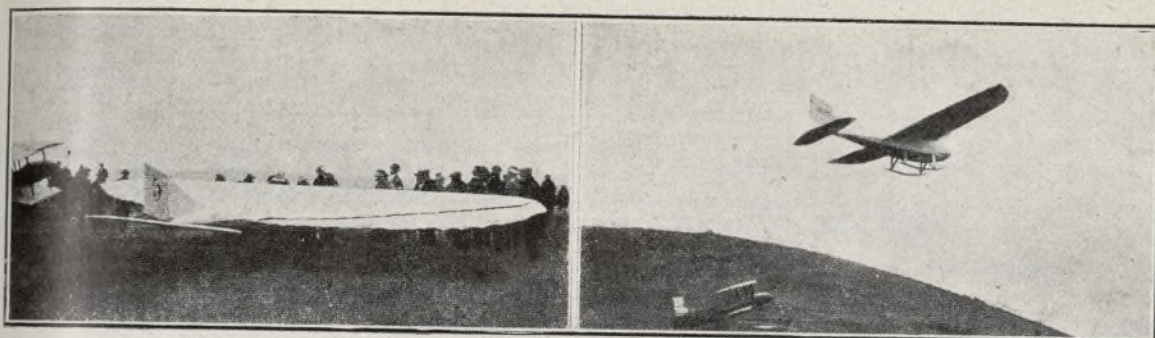
El vuelo de Harth empezó a las ocho y media

este a distancia de un kilómetro y medio; al llegar a esa distancia, viró el aparato y tornó al punto de donde había salido, describiendo sobre él diversas curvas. El aviador rebasó muy pronto una pendiente de bosque situada al otro lado de la colina; después, aterrizó muy despacio y contra el viento y tocó el suelo, exactamente 21 minutos y 37 segundos después de haberlo dejado y sin el menor contratiempo. El lugar de aterrizaje se hallaba a 150 metros del de vuelo y a 12 metros más bajo, nada más. Por lo tanto, Harth realizó un verdadero vuelo a vela; no cabe duda.

El aparato es, por otra parte, muy característico. Difiere sensiblemente de los demás planeadores alemanes, que no son otra cosa que aviones sin motor.

Harth y Masserschmitt no suelen ser pródigos en detalles de su aparato; se sabe, sin embargo, que se trata de un monoplano de alas flexibles y de incidencia automáticamente variable.

Según la potencia del impulso que reciben del viento, las alas tienden a la vertical hacia un lado;



El avión sin motor, de Barbot, en el momento de romper la marcha y en pleno vuelo.

adquiriendo una incidencia apropiada a la velocidad de ese mismo viento. Están, por lo tanto, continuamente en movimiento.

La envergadura es de 11 metros, y la superficie

de 15 con 35. El peso es de 48 kilogramos; con el piloto, la carga por metro cuadrado alcanza a 8 kilogramos. Esto es, aproximadamente, la carga de todos los demás planeadores alemanes.

:-: :-: COSTUMBRES MARROQUÍES :-: :-:

Un prestigioso militar que hoy ocupa un alto puesto en Marruecos, publicó hace algún tiempo unas notas sobre el carácter y costumbres de los marroquíes. Entresacamos de ellas las siguientes:

Presenció en Taza un caso de ejemplarísima y rápida administración de justicia. De mi casa robaron unos arreos de cabalgadura tasados en veinte pesetas. Dí cuenta al gobernador, y éste llamó a los vecinos que me rodean, mandándolos administrar veinte palos e imponiéndoles una multa de veinte duros a cada uno; multa que el gobernador quería que nos repartiésemos entrambos. Rechacé dignamente la oferta, y se quedó muy agradecido con el total. La medida ha sido provechosa: esta mañana dejaron la puerta de mi casa abierta unos hebreos, y en el acto acudió un vecino solícito a cerrarla. He podido observar que desde ayer mis vecinos hacen centinela vigilando la seguridad de mi casa. Jamás hubo intereses más garantidos que están los míos desde hoy. ¡Oh leyes, oh juzgados y tribunales europeos!

..

He visto en el zoco a algunos mancos. El intérprete me dijo tratábase de gente castigada por robo. La pena impuesta consiste en hacerles una incisión en la palma de la mano, y en ella ponerles sal, y sujetarles fuertemente los dedos, hasta que el tiempo cicatriza la herida y se hallan imposibilitados de despegar los dedos y abrir el puño.

..

Cuéntase de un sultán, que en fecha remota, abundando los robos, dió órdenes severísimas para castigarlos. La sospecha y el recelo se castigaban también, a tal punto que nadie osaba recoger un objeto que no fuera suyo, ni aun encontrándole perdido y abandonado en la calle y en el campo.

Apareció una mañana abandonado en una plaza un saco. Nadie osó tocarle. Un ministro del Sultán, que pasaba a la sazón por el lugar, dió al saco con el pie para cerciorarse de lo que contenía, y halló eran nueces. Temeroso del Sultán no se atrevió a recogerle, pero sí fué a dar cuenta.

Oyóle el amo y rey con irónica complacencia, y de pronto le interrumpió:

—¿Cómo sabes que son nueces?

—Señor, dí al saco con el pie.

—Y si hubieran sido onzas, ¿dejaras el saco y estuvieras aquí? En la duda que le corten el pie —añadió el sultán.

Y la ejecución fué cumplida, sin otra apelación, que hubiese puesto en peligro la lengua.

..

Presenció un durísimo castigo en un alto funcionario. Tratábase del ministro de la Guerra del sultán. Le dieron, por orden del descendiente del profeta, doscientos palos y le confiscaron los bienes. Era acusado de prevaricación, y, según la fama, su fortuna la había hecho comiéndose el capital de buen número de caids, coroneles, a quienes mandaba apalear. Estos coroneles, a su vez, se habían comido los haberes de su tropa.

No puede ser más expedito el procedimiento. Me recuerda la fábula de la serpiente que se metió en un enorme frasco, de cuello estrecho, para beberse el contenido de leche. Sorprendida por el dueño, dejéla hacer, y dijo al bicho:

—Bebe, bebe, estúpido animal, que no podrás salir del frasco hasta que vomites lo que has bebido.

..

—Hace tiempo que dejé mi indumentaria de hebreo. Viajo, para mayor seguridad, como europeo.

Ayer, al acampar junto a unos aduare, sentí vergüenza profunda por nuestra civilización y por mis hábitos de hombre de Europa. Cuando me disponía a establecer mi tienda de campaña, una gritería infernal seguida de ademanes de protesta, sacó toda la gente de los aduare, y en actitud amenazadora me obligó a suspender los trabajos y a parlamentar con el que hacía las veces de jefe de aquella gente.

—¿Qué dicen?—pregunté a mi intérprete.

Y contestó, por su conducto, el jefe:

—Que vienes a acampar junto a ellos para decir al marcharte que te han robado, y exigir tu gobierno una fuerte indemnización al Sultán...



EL ARTE DE ZAMBULLIRSE

Uno de los deportes más útiles y elegantes, es el de la natación, que, como es natural, adquiere su desarrollo en el verano, cuando la gente del interior se reúne en las playas.

El acto de tirarse al agua, que debemos llamar zambullido, vocablo único con que se designa en nuestra lengua, constituye un arte, hoy reglamenta-

do deportivamente en diversos países del mundo: Inglaterra, Suecia, Alemania, Australia, América del Norte...

No sabiendo lanzarse al agua, el mejor nadador hace en cierto modo el ridículo, porque su acto carece de la elegancia y energía que en todo momento exige el deportismo.

El zambullido ordinario.

Existen varias maneras de entrar en contacto con el agua y varias clases de especialistas en ello.

Procediendo con orden, iremos describiendo, comenzando por el modo más simple.

La primera categoría es la del zambullido ordinario, que practica todo aquel que sabe tenerse en el agua. Esto es, cualquier nadador.

En éste, se perseguirá, sobre todo, evitar el famoso *claqué* o palmetazo, pesadilla de los principiantes.

Al efecto, es preciso no tirarse únicamente de cabeza sin atender al resto del cuerpo, sino ayudarse con una flexión de piernas, dando un salto que haga elevarse y dejar el sitio con velocidad, a la que ayudará el balanceo del torso, salvando así el cuerpo del quebrantamiento que sufriría con dejarse caer sin el previo impulso hacia arriba.

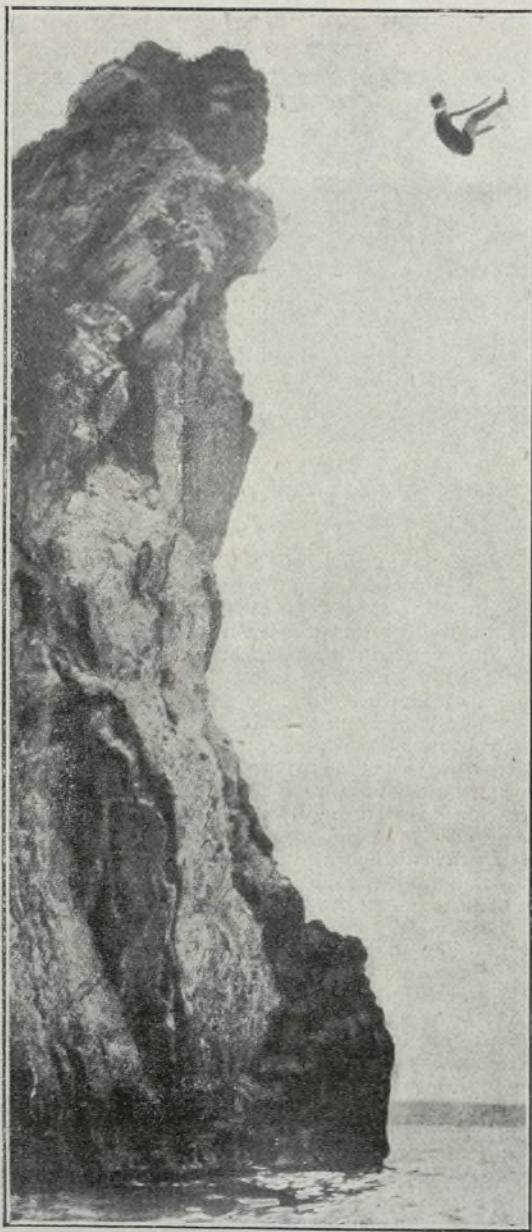
Cuanto más próxima esté el agua, más necesita el ejecutante servirse de sus piernas para iniciar el acto de tirarse al agua.

El defecto capital de los principiantes es el mirar al agua, creen así tener la seguridad de que van a entrar de cabeza en ella y que evitan el chapotazo temido. Se ocupan de la cabeza, siempre protegida por los brazos, dejando a lo demás del cuerpo desenredarse como pueda. Esto es un defecto, porque siempre el vientre, los riñones, los mulos y el pecho, chocan violenta y desagradablemente.

Para zambullirse bien, esto es, para hacer una entrada en el agua, impecable, sin que el cuerpo sufra, hay que mirar adelante lo más lejos posible y a algunas metros por encima del agua.

El bailarín no se mira los pies ni el ciclista los pedales. El que se tira al agua, no debe tampoco dirigir la mirada al punto en que cree que ha de caer.

Una vez en el agua, debe inmediatamente ir sin ahondarse, enderezar la cabeza y bombear el pecho, a fin de describir un arco de círculo que le devolverá enseguida a la superficie. La posición del individuo será conservada hasta que haya sacado la ca-



El salto de la carpa.

beza, y entonces es cuando separará brazos y piernas, ejecutando los necesarios movimientos natatorios.

Zambullidos de concurso.

El que acabamos de describir es el lazo de unión que liga al nadador con el elemento líquido. Los demás, salvo ese que es el sencillo y simple, llevan movimientos diversos que los adornan, y complacen a los espectadores; pero no con acrobatisms, como los de *la antorcha inflamada* y el *salto de la huerla* que son números de circo o de *music-hall*.

Los zambullidos clásicos de concurso, son tres; *el simple, el salto del Angel y el salto de la carpa*.

Salto simple.—Este es el clásico por excelencia; es la soldadura con la natación, y del que se derivan los demás.

Se inicia como antes se ha indicado para el ordinario. Antes de entrar en el agua, los brazos, la cabeza, el torso y las piernas, deberán formar una línea impecable, ligeramente curvada por el bombeamiento del torso, debiendo llegar al contacto con el líquido sin descomponerse, y los pies habrán de entrar por el mismo *agujero* en el agua que entraron la cabeza y el torso.

Salto del Angel.—Llámase así, porque el nadador durante su trayecto en el aire, imita exactamente a un ángel, según nos lo representa el simbolismo, formando con sus brazos las alas que planean. Se ejecuta como el salto simple, si bien hay que flexionar más vigorosamente las piernas, a fin de elevarse y tener tiempo de planear algunas décimas de segundo, dando así al espectador la impresión momentánea de que no va a sumergirse en el acto, sino que trata de elevarse.

En ese momento en que por el esfuerzo de las piernas el hombre se eleva, abrirá enérgicamente los brazos en cruz, echándolos atrás cuanto pueda; como alas que fuerzan al viento.

Resistirá en tal posición hasta el momento en que considere necesario recoger los brazos sobre la cabeza para la inmersión en el agua. Estos movimientos deben ejecutarse con energía para marcar bien los tiempos de cada uno durante esa ejecución.

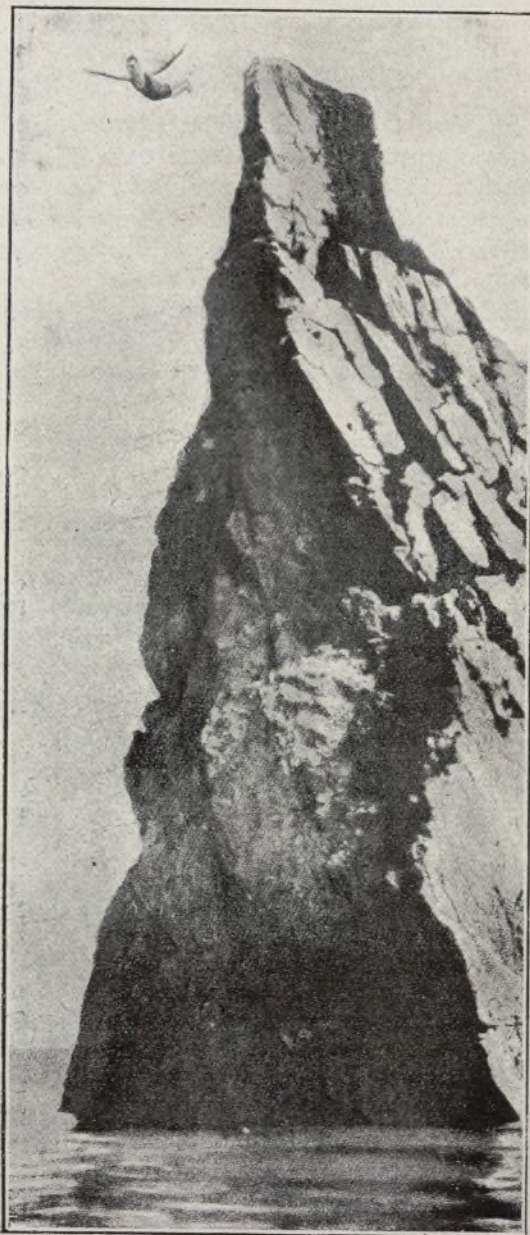
El salto de la carpa.—Es éste uno de los más populares. Demanda en el que lo ejecuta, agilidad, flexibilidad, sangre fría y decisión.

Se inicia como los otros, y es preciso un brinco más enérgico aún, para elevarse lo más alto posible, en el punto extremo de la altura alcanzada, que es el primer tiempo, extenderá el ejecutante los brazos sobre la cabeza, juntará las piernas y matendrá todo el cuerpo muy derecho; y en el momento en que comienza a descender pliega el cuerpo suavemente,

sin sacudimientos y colocando los brazos paralelamente a las piernas. En esta posición, que es análoga a la de la carpa cuando acaba de saltar fuera del agua tontamente, se conservará hasta el instante de entrar en el líquido. En él, siempre como la carpa, se aflojará el cuerpo bruscamente, enderezando las piernas y procediendo de modo que el cuerpo adquiera la posición primitiva, o sea, brazos, cabeza, torso y piernas en la misma línea casi recta.

Estos tres saltos son los más importantes, porque encierran los puntos principales de los concursos.

El nadador que ejecuta los tres, tiene derecho a



El salto del ángel.

salto libre. Puede elegir entre los muchos de fantasía que existen, el que más convenga a su temperamento y aptitudes físicas. Este nadador crea o inventa su salto y zambullido propios libremente. Entre los que se han inventado, hay varios reconocidos oficialmente por el deportismo.

Son, saltos peligrosos, simples, dobles o triples; tirándose de frente, de espaldas, o saltos de carpa que se empiezan o se terminan con movimientos peligrosos.

Hay también los saltos de espalda, de costado, dando la vuelta, en equilibrio, el puntapié a la Luna, el soldado de madera ó sueco, el tirabuzón etc.

Entrenamiento y records.

El principiante empezará por ejercitarse en el trampolín ordinario de un metro poco más o menos. Los clásicos empiezan por el salto simple que los resume todos. En seguida se irá acostumbrando a tirarse de altura, sin pasar de ocho o diez metros.

En los establecimientos de baños, podrá hallar medios de tirarse desde tres o cuatro metros, lo que es suficiente para iniciarse en este deporte.

Luego trabajará perfeccionando su caída en el agua. Los puntos o condiciones que regulan los concursos, se basan también a la entrada en agua.

Una vez adquiridos estos principios, no queda más que conseguir la elegancia en los movimientos del cuerpo. Todo debutante debe ser prudente. Cualquiera que sea la dirección en que se vaya a lanzar, deberá pensar que los nadadores podrán nadar en el punto a que se tira, y que se puede matar a un hombre cayéndole encima.

El zambullido es un ejercicio sano, una cultura física a pleno aire, una gimnástica que desenvuelve y desarrolla la sangre fría, la energía y el golpe de vista. Quien a este deporte se dedica, conserva su agilidad.

En esto como en aviación existe un record de altura. El record del mundo es de 46 metros, pertenece al americano Th. Vrel.

LA RAZA HIDALGA

*Mi raza es un viejo caballero andante
que cada mañana contempla anhelante
la espada gallarda que ciñe el tahalí,
queriendo ser dueño de fuerzas perdidas,
más contempla luego sus anchas heridas
y oprime su espada, jurando entre sí.*

*Más luego levanta la indómita frente,
anima el orgullo su rostro doliente,
se inflama en sus venas su sangre leal;
olvida de nuevo dolor y pobreza,
y brilla en sus ojos suprema altiveza
soñando en un día de triunfo inmortal.*

*Es como un castillo de la edad pasada,
entre cuyas piedras luce, abandonada
la hiedra salvaje, perenne verdor;
El pesado puente cae sobre las peñas;
en las altas torres moran las cigüeñas,
más su vista inspira respeto y temor.*

*Aun guarda el castillo su noble hermosura;
viejo y olvidado, su altivez perdura,
y el viento en los fosos parece cantar
grandiosas hazañas con ronco murmullo;
¡y alza sus murallas con épico orgullo,
y al cielo con ellas parece retar!*

*Como un viejo roble que el tiempo ha encorvado,
rodea la hiedra su tronco olvidado,
que aún resiste el brio del loco huracán;*

*en vano, sin tregua, feroz le combate,
jamás la tormenta su altivez abate,
¡jamás doblegarle sus golpes podrán!*

*¡Lo mismo es mi raza! ¡Quién sabe si un día
podrá el viejo hidalgo, con nueva energía,
cerrar sus heridas, cobrando vigor!*

*Brillará en sus ojos la altiva mirada
y empuñará luego la heráldica espada
vengando con ella su deuda de honor!*

*Un día el castillo verá entre sus piedras
en verdes laureles trocadas las hiedras,
y verá adornarse su torre feudal;
brillará más pura su altivez serena
y sobre los restos de la rota almena
flotará al espacio la enseña triunfal.*

*Así el viejo roble siempre solitario
sentirá en su tronco recio y centenario
correr otra savia, como otra ilusión,
y al dulce conjuro de la primavera,
nuevas hojas verdes brotar por doquiera
haciendo el milagro de resurrección.*

*Así es nuestra raza, que herida y doliente
conserva elevada la indómita frente
y altiva resiste su pesada cruz;
¡hasta que algún día, lejano y dichoso,
brille en nuestro cenit un sol venturoso
que inunde su vida de rayos de luz!*

PILAR ZAMORA



NUEVAS ARMAS DE GUERRA

La pistola ametralladora

La pistola ametralladora es un arma, que habiendo nacido durante la guerra, va perfeccionándose rápidamente y cuenta cada día con mayor número de partidarios.

Dispara un cartucho de gran calibre, generalmente de 11 milímetros, y aunque su alcance no es tan grande como el exigido a las pistolas de guerra, es sin embargo el suficiente para poder detener a tiempo un asalto enemigo.

El manejo de la pistola es sencillo y su velocidad de fuego asombrosa, pues llega a disparar 800 tiros por minuto.

Teniendo en cuenta estas circunstancias, la policía de los estados alemanes y norteamericanos, se halla provista de esta clase de pistolas, cuya utilidad es enorme, pues un hombre sólo, provisto de este arma es capaz de detener en su sitio y disolver en un momento, la manifestación más fuertemente organizada.

Para la defensa del personal de las baterías de artillería, para los tanques y los automóviles blindados también puede ser de gran aplicación este arma interesante.

Modo de coger y apuntar la pistola ametralladora.



Efecto producido por los disparos de la pistola ametralladora sobre una superficie de agua.



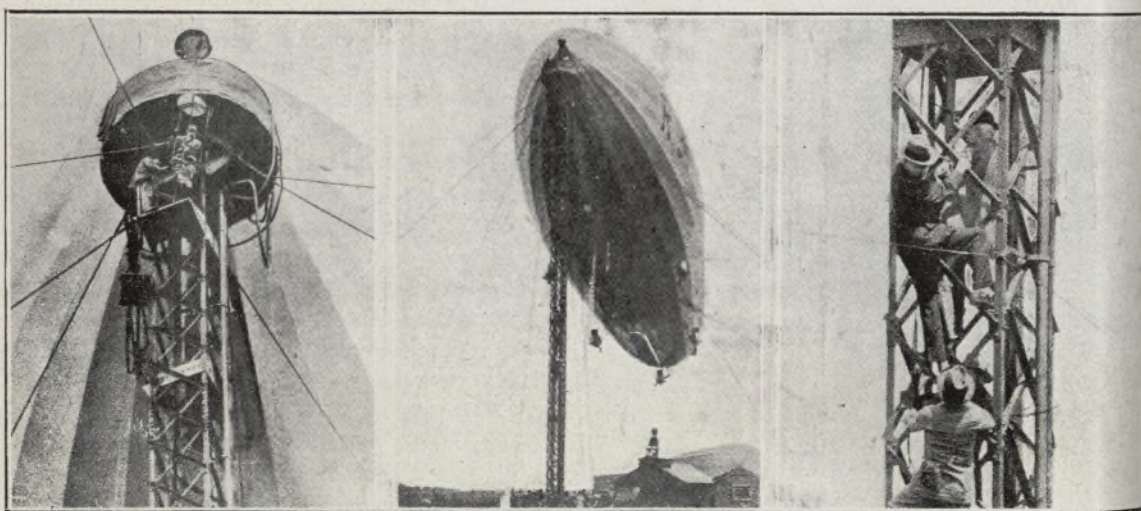
UNIENDO DOS MUNDOS



La línea de dirigibles de Sevilla a Buenos Aires

El proyecto es del comandante Herrera. Nuestros lectores habrán leído y oído diversos detalles relacionados con tal empresa. Se trata de unir por vía aérea, y de una manera regular, España con América. Los dirigibles saldrán todas las semanas de Sevilla y tomarán tierra en Buenos Aires, después de haber hecho un recorrido de 10.000 kilómetros. El proyecto es grande, magno, atrevido. Pero para ello están el talento y la emprendida inteligencia de

metros cúbicos. Los Estados Unidos acaban de encargar en los talleres [germanos] un dirigible de 100.000 metros cúbicos. El modelo concebido por el señor Herrera alcanza una capacidad de 130.000 metros cúbicos. Se encargarán dos de estos zeppelines. Estará movido cada uno por nueve motores de cuatrocientos caballos vapor cada uno; cuatro de estos motores se colocarán en el lado izquierdo, y otros cuatro en el derecho, y el noveno en la parte



Torre de amarre para los dirigibles. Esta torre permite el anclaje seguro del dirigible cualquiera que sea la dirección del viento, y por su interior corren los ascensores que suben a los viajeros.

nuestros aviadores que en este trabajo tienen la protección entusiasta de S. M. el Rey.

Como serán los dirigibles.

Los dirigibles serán de un tamaño gigantesto, de un tamaño no conocido hasta la fecha y del tipo rígido Zeppelin.

De los experimentos que ha realizado la fábrica Zeppelin durante la guerra, se deduce que no existe el menor riesgo ni dificultad alguna ante la perspectiva de temporales y tormentas. Durante cinco años no se ha registrado un solo accidente en los correos aéreos diarios de Alemania. A prueba de temporales de viento y nieve, volando, en ocasiones, entre chispas eléctricas, han realizado felizmente la travesía.

Hasta ahora no se ha construido en Alemania ningún aparato cuyas dimensiones excedan de 75.000

posterior del aparato. Las cabinas serán instaladas delante para los pilotos, el comandante de abordó, para un salón, para una cocina y para un «fumoir». Podrán transportar cuarenta pasajeros.

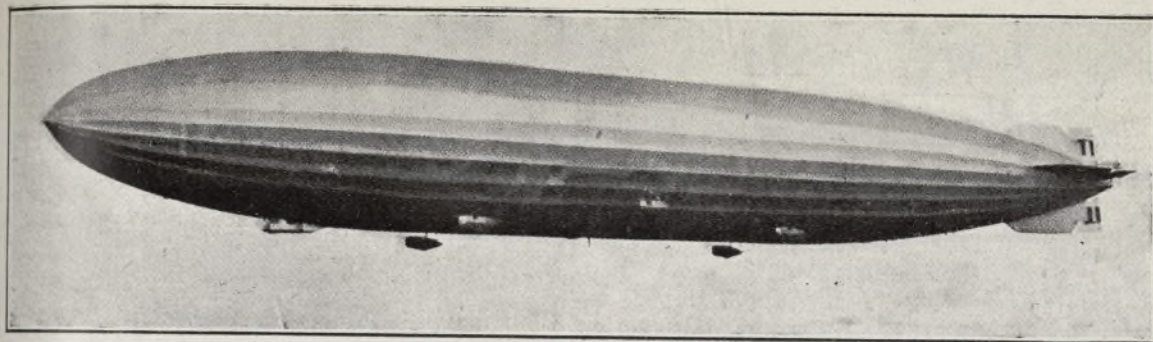
El viaje aéreo.

La periodicidad del correo aéreo entre Sevilla y Buenos Aires será semanal. Casi al mismo tiempo que el correo de Buenos Aires descienda en Sevilla, el de Sevilla llegará a la capital de la Argentina.

El coste de este viaje trasmarino se calcula por persona en 5.000 pesetas. El franqueo de las cartas importará de 2 a 2.50.

El dirigible que haga la travesía Sevilla-Canarias será de proporciones más reducidas. Tendrá cabida para veintinueve pasajeros y costará medio millón de pesetas.

En el viaje de ida se invertirán tres días y medio.



Globo dirigible Zeppelin, cuyo modelo ha sido el elegido para la línea aérea que ha de unir España con América.

El de regreso durará algunas horas más, porque las circunstancias atmosféricas son menos propicias.

Los hangares y astilleros.

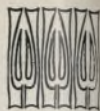
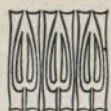
En Buenos Aires se construirán dos hangares, uno giratorio, con ruedas, y otro de tipo más pequeño, donde quedará depositado, por más o menos tiempo, el aparato. El primero estará condicionado para el aterrizaje, que es la gran dificultad de

los dirigibles, a causa de los vientos. El hangar podrá, pues, girar acogiendo al aparato, según la dirección del viento reinante. En Sevilla se montarán tres hangares, unos de los cuales prestará el servicio de astillero.

Los materiales que se emplearán principalmente serán sobre la base de aceros, de aluminios que junto a su poco peso, reúna una extraordinaria fuerza de resistencia.



MONUMENTOS MILITARES.—Arco levantado por los franceses a la entrada de la carretera de Verdun, para conmemorar los grandes hechos de armas ocurridos en este sitio durante la gran guerra.



¿Qué es la luz?

Creyóse durante muchos tiempos que la luz era una emanación de los cuerpos luminosos, una especie de materia imponderable que se desprendía de ellos sin cesar.

Hoy tiene la condición de verdad demostrada, el hecho de que la luz no es una substancia, rapidísima, fabulosamente rápida, de los átomos; del mismo modo que el sonido es a su vez, el resultado del movimiento vibratorio de los cuerpos sonoros.

El universo es como un inmenso océano de materia sutilísima, imperceptible a nuestros sentidos. Este medio, que se llama *éter*, invade todo el espacio y todas las substancias, y se admite que, así como las vibraciones de los cuerpos sonoros se propagan por el aire en forma de ondas esféricas, las vibraciones de los cuerpos luminosos se propagan por el *éter* en forma de ondulaciones. El movimiento ondulatorio del aire es para nosotros, sonido: el movimiento ondulatorio del *éter* es, luz.

La luz y el sonido.

La luz, como el sonido tiene siete tonos fundamentales; solo que a las notas o tonos de la luz se les llama colores.

Las diferencias entre la luz y el sonido están en el número de vibraciones.

Para percibir el sonido más grave, el menor sonido posible, la molécula material tiene que verificar treinta y dos oscilaciones en un segundo. Para percibir el tono más bajo de la luz, el color rojo, este número es de *cuatrocientos billones*.

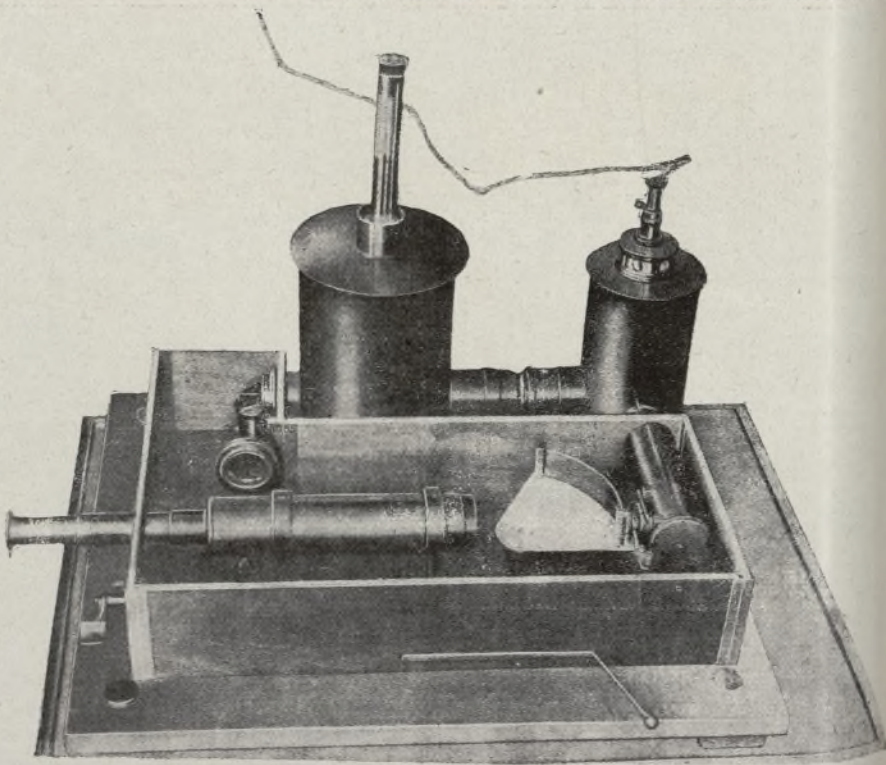
La nota más alta, el sonido más agudo, no pasa de treinta y seis mil vibraciones, también por segundo: más allá está el silencio para nuestro

oído. La nota más alta, la más aguda de la luz, no excede tampoco de *setecientos billones*; más allá está la oscuridad para nuestros ojos.

Antes de las treinta y dos y después de las treinta y seis mil vibraciones, que no son sonidos, la vibración continúa existiendo en uno y otro caso, pero nuestro oído tosco e imperfecto no la oye. Del mismo modo, antes de los cuatrocientos billones de movimientos oscilatorios del átomo de éter, la vibración existe también y es calor, temperatura del cuerpo, luz oscura; y después de los setecientos billones, continúa existiendo todavía y es también luz oscura, invisible, muy aguda, intensísima, altamente desorganizadora y destructora de los edificios moleculares; radiación oscura a la que, por su carácter demoledor y disolvente, llamamos *radiación química*.

La luz no existe en realidad.

Sentado, por lo tanto que las radiaciones luminosas, lo mismo que las caloríficas y químicas, son movimientos vibratorios de los átomos transmitidos



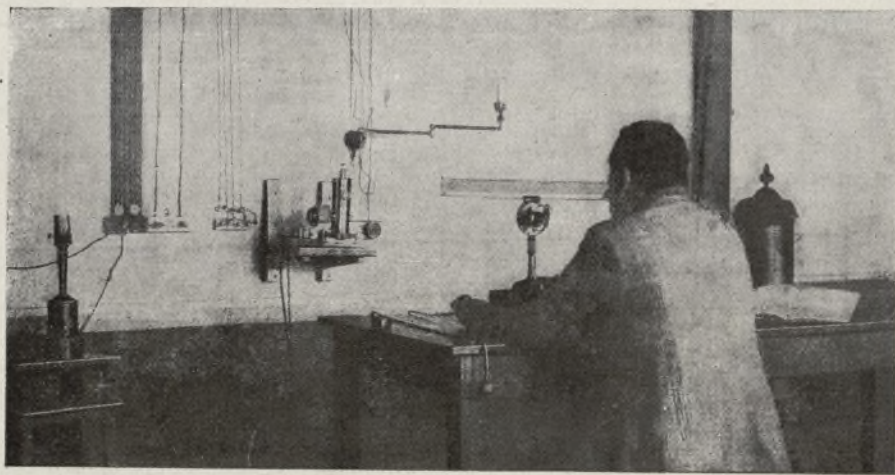
Para recoger los espectros se usa este aparato, en el que los rayos de luz reflejados por los mismos se hacen visibles en la cubeta que se ve en el fondo del aparato, y allí pueden ser examinados cuidadosamente por un poderoso anteojo.

a través del espacio por un sistema de ondulaciones etéreas, como los de los cuerpos sonoros son transmitidos a través del aire, forzoso es establecer que la luz no es luz, sino un mero fenómeno fisiológico en cuanto nuestra retina la traduce como tal. Más claro; que la luz no existe en la realidad; que es un movimiento sin cualidades luminosas. La luz en el espacio es una ondulación oscura como la del calor, como la del sonido. El sol es un cuerpo que vibra, que comunica al éter toda la gamma de ondulaciones, pero que *no es luminoso*. Suprimid en la naturaleza los ojos, los órganos visuales, únicos instrumentos apropiados para traducir en luz la vibración etérea y la luz no existirá en el mundo.

Si la retina se impresionase con la luz de igual

no o superficie al afecto colocada todos los elementos integrantes de la radiación luminosa.

Allá, en la extrema izquierda está el avanzado *rojo*, el anticlerical furibundo como dispuesto a reñir batalla con el místico y episcopal *violado* que ocupa, naturalmente y por fortuna para la paz, la extrema derecha. Entre estos dos polos opuestos lo mismo de la luz que de la política, tienen señalados sus puestos los colores intermedios, los gubernamentales o de transición. Sigue al *rojo* el *anaranjado*, menos radical que su vecino, ciertamente, pero enemigo declarado todavía de la ley de jurisdicciones y del fuero de guerra. Van después el *amarillo* y *verde*, los más espléndidos, los más luminosos; estos son, indudablemente, los colores de gobierno,



Las modificaciones fotográficas de los rayos del espectro se hacen con toda precisión, y por ellas se determina exactamente la naturaleza de las materias que forman los astros.

manera que el tímpano se impresiona con el sonido tendríamos algo adelantado para deducir la sensación luminosa la naturaleza del cuerpo radiante. Por el sonido, efectivamente, deducimos casi siempre la clase o índole del cuerpo sonoro que le ha producido. Pero, la luz no nos informa desde luego ni nos dice cuál sea el cuerpo que brilla o arde.

Hemos de aplicar para saberlo a las radiaciones luminosas un procedimiento inquisitorial que haya disección.

El espectro.

Para ello basta un simple prisma o cuña transparente que logra separar una por una las radiaciones de diferente naturaleza de la luz y las presenta a nuestra observación de un modo palpable en lo que se llama *espectro*. No es este ningún duende, ni aparecido: es la imagen o banda que forman después de su dispersión detrás del prisma en un pla-

los que turnan en el poder. Y, por último, el *azul* y el *indigo* codeándose con el *violado* constituyen los que podemos calificar de colores francamente reaccionarios.

El calor es luz oscura.

¿Hay más que estos siete colores en el espectro? Sí: lo que ocurre es que no vemos, que no podemos ver lo que hay más allá del rojo, que son las radiaciones caloríficas, el calor, que no es otra cosa que una *luz oscura*; como no podemos ver, porque tampoco nuestra retina está organizada para verlas, las radiaciones ultra-violetas, caracterizadas por su potente acción química.

Esto es lo que ofrece a *simple vista* el espectro del sol. Un *espectro calorífico* invisible, pero muy apreciable por el termómetro, formado por las radiaciones ultra-rojas o de calor oscuro. Un *espectro luminoso* constituido por los siete colores de que

hemos hecho mención y un *espectro químico*, también invisible como el primero, pero fácilmente revelable por el papel fotográfico, espectro químico que está compuesto de las vibraciones más agudas, más rápidas de la radiación solar.

El espectro de un gas.

Si hacemos pasar a través del prisma la luz producida por la incandescencia de una substancia gaseosa, la imagen del espectro no es ya la brillante de colores en orden de formación observada anteriormente.

El espectro lo forman ahora contadas líneas de luz sobre un fondo negro. Un espectro de líneas, nada más que de líneas.

Sucede que siempre que observemos el mismo gas o vapor luminoso aparecerán las mismas líneas a iguales distancias, en el mismo lugar situadas con firmeza y exactitud inexorables. De tal modo, que no necesitamos saber cual es el gas que arde; basta que veamos su espectro para conocerle. En sus líneas está escrito su nombre con tanta claridad como lo están los nuestros en una fé de bautismo o como lo están los despachos telegráficos en la cinta azulada de un aparato Hughes o Morse. Cada gas tiene un espectro.

El del hidrógeno está formado por tres líneas principales, una roja y dos azules. Al sodio le dan a conocer dos amarillas juntas muy brillantes. Al calcio una roja, otra azul y dos violetas. El vapor otras tantas nos presentará el prisma en finos y delicados trazos brillantes la silueta de su sér químico como en exactísima fotografía.

Como se reconocen los astros.

Se comprende que adaptando convenientemente estos prismas a un antejo astronómico podamos hacer incidir sobre ellos la luz que emana de un astro y que nos sea dable estudiar su espectro.

Un espectro continuo nos dirá que el astro está constituido por una materia sólida o líquida al estado de incandescencia. Un espectro de líneas brillantes nos informará que es un astro en el que hay gases inflamados. ¿Que las líneas son las del hidrógeno? Pues allí arde este gas. ¿Que son las del sodio? Pues no podremos dudar que los vapores de este metal flotan en aquella incandescente atmósfera. Y podemos hacer esta afirmación con la absoluta seguridad de no equivocarnos y con tanta certeza y positivamente, con mayor sencillez de la que tienen los análisis químicos realizados en la tierra.

El espectro descubre cuerpos nuevos.

Pero, aún hay más: el análisis espectral no solo ha servido para descubrir en los astros los cuerpos conocidos en la tierra. Ha ido más lejos; nos ha informado de la existencia de otros que ni siquiera sospechábamos. Y no los ha encontrado en el taller del químico. El prisma los ha descubierto en el globo solar, en un crisol situado a treita y seis millones de leguas de distancia.

El helio fué descubierto en el sol hace unos cuarenta años; que su nombre estaba escrito en el espectro con una brillante línea amarilla, parecida a las del sodio; ese metal no había sido nunca visto en la tierra; el registro civil que tiene abierto la Química de aquí abajo a los cuerpos que se van descubriendo no quiso inscribirle; su partida de nacimiento hubo de quedar en blanco por tratarse de un intruso, de un extranjero, de un desconocido, de un ser de otros mundos que no había adquirido carta de naturaleza en este sub-lunar y al que negaron en redondo los derechos de ciudadanía. El helio figuró, por tanto, durante muchos años en el registro especial de los extraños y advededizos. Felizmente, en el de 1895 los físicos ingleses Lord Raleigh y Mr. William Ramsay le encontraban en un mineral llamado *cleveita* y el helio fué investido con el título de elemento terrestre. Estaba con nosotros y no nos habíamos percatado de su presencia.





BURLA, BURLANDO...



Cuando las sociedades llegan a un grado tal de perfección que parece que la vida ha tomado ya su definitiva forma, surgen unos fenómenos curiosos.

En Grecia—en plena decadencia política; pero en plena floración de un arte insuperable aparece el sofista.

En Roma, después que Roma ha consumado su obra y señorea sus águilas desde las columnas de Hércules hasta los confines del Asia remota, aparece Lúculo...

Pero no avancemos más en esta nuestra asombrosa erudición retrospectiva. En España, después que se hubieron perdido las colonias y después de lo que ahora vamos a perder que no sabemos lo que será; pero que nos parece que va a ser cosa grande, aunque no se mida ni se pese, en España ha surgido el *preciosismo*.

Tanto el sofista, como Lúculo como el *preciosismo* son símbolos. El sofista simboliza el derrumbamiento total y absoluto de una sociedad que había llegado a ser demasiado sabia. Lúculo, simbolizaba el estómago del imperio que había llegado a ser demasiado exigente... El *preciosismo* simboliza ese momento impreciso, esa leve linde que separa lo sublime de lo ridículo, aunque se acerca mucho más a lo ridículo que a lo sublime.

¿Habéis visto transitar por las calles la lucida representación del sexo débil? No hay nada comparable a la hermosura. Los griegos que sabían un poco de esto, la deificaban. Sin embargo, observad: una mujer hermosa es una cosa sublime; una damisela preciosa es una preciosa ridícula.

¿No habéis reparado en la indumentaria de nuestros hombres de armas? Nada hay comparable al valor militar. Es la virtud masculina por excelencia.

Por los siglos de los siglos, los hombres que dan la vida por un algo que ni es su hijo, ni su hacienda, ni su pasión—cosas por las que los machos matan—son seres sublimes. Observad no obstante a vuestro paso el paso del uniforme preciosista. ¿No es verdad que sentís que el ridículo no está muy lejos de vosotros?...

Y así todo; *preciosismo* el de la modistilla empingorotada—remedo de la señorita—que muy circunspecta va del brazo del hombre que ni es su hombre ni es su esposo. *Preciosismo* el de esa arquitectura que a falta de genio derrocha adornos. *Preciosismo* el traje conque ostenta la viuda su luto y la noble dama enfermera la nobleza de su corazón y el orador parlamentario lo pulcro de su palabra y lo pulquérrimo de su idea... todo *preciosismo*.

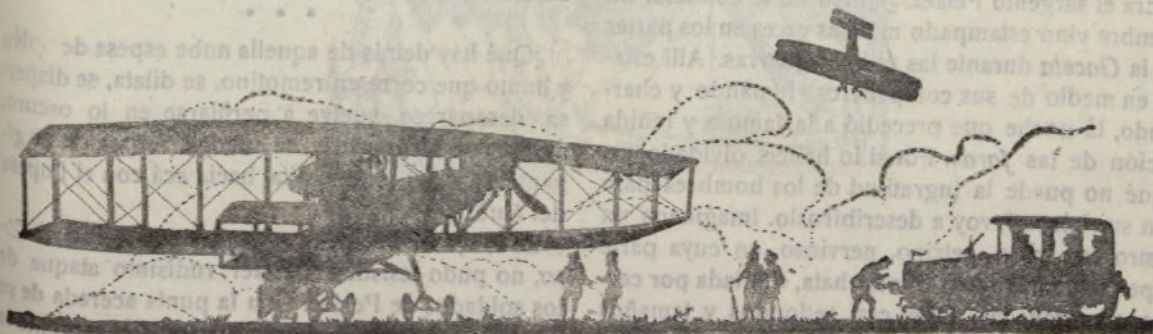
Indudablemente la sociedad ha llegado a ser demasiado preciosista. ¿Qué vendrá aquí? ¿Cualquiera lo sabe! ¿Será una regresión? ¿Será una revolución?

La concepción socialista nos produce más pánico que el caballo de Atila. Vendría entonces—¡horror de los horrores!—el *preciosismo* del *campesino*.

No; lo que nos hace falta es una irrupción de bárbaros al estilo clásico. Bárbaros de verdad; hombres que no se hayan limpiado nunca la dentadura y hembras que nos muestren—que ya es tiempo—al natural el color de su tez.

De otra forma moriremos todos empachados de *preciosismo* que es una especie de chantilly...

ANTONIO DE GOLLURI



BOTÍN DE GUERRA Y BOTÍN DE PAZ

(CUENTO)

Era la noche antes de la acción. En medio de la negrura del espacio llameaban las fogatas del campamento haciendo vacilar sobre el suelo las sombras de hombres y reductos, tiendas y convoyes militares. Ordenados en simétricas filas se levantaban los anchos conos de tela blanca de los hogares bélicos; semejando montoncitos de nieve. Grupos de soldados entregados al sueño, sin otro lecho que sus mantas grises, aparecían aquí y allá. Las centinelas, de pie sobre las armas, con el ros caído a las cejas, ocupaban su puesto. Reinaba en todo el ejército un silencio general, imponente, algo parecido al de un cielo poblado de nubes que amenazan tormenta.

Sólo en una tienda se velaba. Una hoguerilla formada de palos y rastrojos arrancados de raíz por la tarde, chisporroteaba con llamadas crepitantes en la puerta. En uno de esos momentos de claridad, ante la cual se iluminaba el interior de la movable casa castrense, veíanse las personas que la habitaban. Sentados en círculo, con las piernas cruzadas y las rodillas en alto a modo turquesco, estaban varios soldados que por su calzón rojo, oscuras polainas, citurón de charol y alza-cuello verdoso, indicaban pertenecer a un batallón de infantería. No tenían cintas ni estrellas sus mangas, pero sí el de en medio que en sus brazos ostentaba los amarillos galones de sargento.

Era el sargento Peláez. ¿Quién no le conoció? Su nombre vino estampado muchas veces en los partes de la *Gaceta* durante las últimas guerras. Allí estaba en medio de sus compañeros, fumando y charlando, la noche que precedió a la famosa y reñida acción de las *Jaras*. Por si lo habéis olvidado ya, ¡qué no puede la ingratitud de los hombres para con sus héroes! voy a describiroslo. Imaginaos un rostro cuadrado, cetrino, nervioso, en cuya parte superior campea una frente chata, limitada por cerdas enmarañadas. Ojos casi redondos y tamaños como huevos, de fulgor fuerte y de una matiz de

aceituna brillante. Una cascada de barbas negras cayendo y doblándose sobre el pecho. Férreos músculos, angulosos brazos, espalda de gigante, voz de trueno... He aquí los componentes físicos de aquel haz de fuerzas que se llamaba el sargento Peláez.

Oid ahora lo que decía a sus compañeros de armas mientras chupaba un endiablado cigarro puro:

—¡Muchachos! mañana, a más tardar, entramos en acción... venceremos. El enemigo es cobarde, pero es rico. Nosotros, en cambio, somos unos leones, aunque más pobres que frailes. Veinte años

llevo el fusil al hombro. Tengo mujer y chiquillos... Con que si cae en nuestras manos la caja de un regimiento nos dejamos de penas. Nuestro general es rumbo-so, lo cual quiere decir que el botín nos pertenece... Así, cuento con vosotros, muchachos, y ahora vamos a cerrar un poquito los ojos, hasta que nos despierte la corneta.

En efecto, a poco, y cuando ya empezaba

a blanquear la línea lejana en que la tierra corta el cielo, oyóse resonar de eco en eco por el campo la tocata temblorosa y penetrante del clarín. Mil cuerpos soñolientos se pusieron de pie sobresaltados. Zumbaron los tambores, brillaron los aceros, crujieron las ruedas de la artillería; y voces, gritos, relinchos y pisadas llenaron de estruendo el campamento.

Eran las tropas que se disponían en orden de batalla.

* * *

¿Qué hay detrás de aquella nube espesa de polvo y humo que corre en remolino, se dilata, se dispersa, desaparece, vuelve a perfilarse en lo oscuro, avanza, se reconcentra, se encoge, serpea como gigante reptil, y se precipita hacia acá con el ímpetu del alud?

Es el ejército enemigo. Aunque aguerrido y brioso, no pudo resistir el primer rudísimo ataque de los soldados de Peláez. Con la punta acerada de su bayoneta, siempre de frente, acometió el sargento la



va nguardia contraria, sembrando en ella la confusión y la muerte. Seguido de sus soldados, como el cazador de sus perros, penetró entre las filas de un batallón, que sorprendido ante tanta audacia, buscó salvación en la huida. Dejábanse atrás los fugitivos todo el bagaje. Peláez y los suyos corrían incansables en pos de su presa. De pronto el sargento se echó a tierra, y abrazándose a un objeto pesado y oscuro gritó con todas sus fuerzas:

—¡Aquí está lo que buscábamos!

Peláez estrechaba convulsivamente contra su pecho la caja del batallón. ¡Debía contener un tesoro! A pesar de los hercúleos esfuerzos del sargento el arca permanecía inmóvil, como si de improviso se hubiera clavado en el suelo. Pero tal contrariedad era más para tentar la codicia que para aconsejar el abandono. ¡Fuera estorbos! la culata de diez fusiles habrió pronto brecha en las chapas de la caja y chorros de oro y plata reventaron por los boquetes.

—¡Quietos todos!—exclamó el sargento—Yo soy el dueño de todo esto. Vosotros tomad...

Y arrojó puñados de monedas a los deslumbrados bisonños.

Entreteníanse estos recogiendo de entre las matas aquel riego de riquezas, mientras que el voraz sargento, tirados los chismes de su maleta, encerraba y amasaba en ella las sumas arrebatadas al arca. Con poco se contentaron los soldados. Cuando vieron hinchados medianamente sus bolsillos de punto de algodón con anillas de metal, enroscáronselo al talle y regresaron a su campo.

No quiso seguirlos el sargento. Su operación de avaro habíale como entontecido. No se saciaba de echar en la maleta puñados de duros. Cuando la tuvo repleta hizo de su capote un saco, rompiéndole los forros por arriba.

Súbitamente sintió a sus espaldas el resoplido de un caballo. Trató de erguirse, de correr hacia su ejército, pero no pudo. El peso del tesoro le aplastaba, le trababa los pies, le sujetaba los brazos, inutilizándole para toda defensa.

—Ríndete—le dijo el jinete.

Pero el sargento sin contestar nada, arrastrándose penosamente por el suelo, pugnaba por huir en retirada. De pronto percibió en torno de su cabeza el huracán que el sable del jinete produjo en el aire al ser esgrimido en falso.

—¡Ríndete!—le dijo de nuevo su enemigo ya encima.

El sargento se escurrió otra vez por el suelo. Entonces otro huracán asordó sus oídos y... ¡chás!.., un mandoble resonó en su cráneo.

Partida la frente en dos, fué llevado el sargento Peláez al hospital de sangre enemigo. Allí estuvo largo tiempo curándose; por fin salió a la calle. Por uno de esos azares de la guerra, ovidáronle sus contrarios, y pudo andar a sus anchas sin las cadenas del prisionero, hasta incorporarse a su compañía.

El sargento Peláez vive hoy retirado en la oscuridad y sosiego de un lugarejo. Con su trabajo gana casi tanto oro como metió en su maleta, allá en el botín que le costó tan raro.

Al frente de una gran fábrica de harinas lo tenéis ahora hecho un señorón. No sueña en la gloria, ni piensa en fortunas adquiridas de repente. Y cuando encuentra a alguien que se afana por lograr ambiciones desmedidas, señalándole intencionadamente la cicatriz que en su cabeza marcó el chafarote enemigo, suele prorrumpir en esta sola y profunda frase:

—¡En retirada!

C. M. DE SOTOMAYOR.



LAZARILLO ESPAÑOL

POR CIRO BAYO

(CONTINUACIÓN)

las *moscateles*, cuyo olor y sabor es como almizcle o mosqueta, de los que les pudo venir el nombre en castellano. *Apianas* las llama también Plinio, por ser las abejas muy golosas de ellas; son uvas gordas, perladas de forma y de color, hollejo muy recio, pero de comer muy dulce, con lo que dicho se está que ellas fueron mis predilectas.

Me pareció que los malagueños, a fuer de rum-



bosos, no guardaban sus viñas y dejaban que las aves del cielo y los pobres viandantes aliviassen las cepas de sus pesados racimos. Así, pues, con una buena panzada de uvas moscatel y un bocado de pan me dispuse al asalto de *Antequera*, ciudad famosa que a mi frente se mostraba asentada sobre tres colinas a la extremidad de la famosa vega de su nombre.

Y al asalto me disponía cuando casi en la linde del pródigo vidueño, que a placer esquilme por que creí que nadie me veía, un hombre con escopeta me sorprendió en la ridícula postura que los viñadores de La Champagne sorprendieron a un destacamento de prusianos que se habían atracado de uvas en un viñedo.

—Levántese usted y vamos andando—me dijo el hombre de la escopeta.

Sentí la vergüenza de mi derrota, y atacándome las bragas, me rendí a discreción.

—¿De suerte que lo ha visto usted todo?—le dije. Me refería al atracón de uvas que me diera.

—*Todo*—respondió él; en toda la extensión de la palabra—. Le estuve espiando sin que usted lo viese, y si no le envié una perdigonada fué por temor de equivocarme de cara.

—Hombre, muchas gracias.

—Bien puede usted dárme las, porque se cebó en las mejores uvas de estos pagos. Se conoce que es usted persona de gusto.

—Así era en verdad; con toda calma y sosiego me había comido libra y media o dos libras de las que me parecieron mejores uvas por su mayor color y sabor.

—Sí, señor—siguió diciendo el hombre de la escopeta—. Me vendimió usted de aquellas uvas con que hacemos el famoso *lágrima*.

(Un vinillo así llamado porque se desliza gota a gota como las lágrimas de los ojos, sin más presión que la que hacen unas uvas sobre otras, sin ayuda alguna extraña y sin aderezo ni composición, y tan estimado de los malagueños, que lo sacan por postre en sus mesas.)

—Lágrimas vierto yo, señor mío—repuse humildemente—, por haberle ocasionado tal perjuicio. Bien dicen que la ocasión hace al ladrón...

—Acepto estas explicaciones—contestó el otro, mirándome de hito en hito—porque a la verdad no me parece usted hombre de mala catadura. ¿Qué le ha metido en estos trotes?

—El afán de correr tierras a pie y sin dinero. Ya ve usted, voy a Barcelona y quería llevar *als noys*

noticias de la ciudad famosa que dió nombre a Don Fernando, el Rey castellano del compromiso de Caspe.

—Hola, hola, veo que no es usted una persona vulgar—repuso, asombrado, mi interlocutor—. ¿De modo que sabe usted del Infante de Antequera?

—Y del Húsar de Antequera—añadió, aludiendo a Romero Robledo, que entonces vivía y era el orgullo de los antequeranos.

—Vaya, vaya—replicó complacido—, está usted fuerte en historia antigua y contemporánea. Esto me place. Pues voy a ponerme a su diapason. ¿Ha oído contar de aquellos atenienses, presos en Siracusa, a quienes Metelo perdonó la vida porque les oyó recitar versos de Eurípides? A este tenor, yo le perdono el estropicio de mi viña y le absuelvo de todo cargo. Más aún: le brindo a usted con hospedaje; pero con una condición: que vaya usted a herborizar por mí.

—Ya lo creo—repuse alegremente—; con muchísimo gusto, si bien le advierto que lo que me sobra de Historia me falta de Botánica.

—No importa; es suficiente con que conozca usted el lentisco y la pita, que sí conocerá. Son las únicas plantas que por ahora necesito para mis simples, porque ha de saber que soy herbolario.

El extrañado ahora fui yo, pues cuanto más, supuse fuera un labrador instruido.

—Sí, señor—añadió, comprendiendo mi extrañeza—; soy un modesto herbolario de la ciudad, que salió a ver su majuelo y de paso a matar gorriónes. Conque ya lo sabe usted: en cuanto llegue a la Plaza Alta se mete en la herbolería que allí encontrará. Es mi casa, y en ella me espera, o le espero yo, porque ahora he de pasarme por el Romeral a saludar a don Francisco (Romero Robledo), que como buen paisano, nos visita todos los años.

Y no hubo más, sino que me dió su mano, que él torció a mano izquierda, hacia el Romeral, y yo tomé la cuesta que lleva a la ciudad.

II

ANACREÓNTICA ENTERA

Llegué a Antequera por la parte donde está su magnífico paseo; crucé calles, y al llegar al Arco de los Gigantes, di con la Plaza Alta, donde tenía su tienda el herbolario.

Pregunté a un mancebo que hallé a la puerta si había llegado el patrón, y, ante su negativa, me senté a esperarle en un poyo de la plaza. Aquí se me juntó un aguador, que arrendó a un árbol un

borriquillo cargado con unos cántaros de agua, que ceñían guirnalda de una hierba de tallitos inclinados a rojo, con muchas flores pequeñas, azules y blancas, desconocidas para mí, porque, según confesé al herbolario, soy peregrino en estas partes del reino vegetal.



—¿Qué tiene esta agua—pregunté al aguador— que va tan florida? ¿Es agua bendita?

—O poco menos—me respondió el antequerano—. Bien se conoce que es usted forastero. Esta agua es famosa entre todas las de España por la gran fuerza que tiene contra la terrible enfermedad de la piedra y también porque conforta mucho el estómago. Mana de una fuente que está a dos le-

guas de esta plaza, y pónese muy gran recaudo en que no se haga falsedad de dar otra por ella. Por esto, los aguadores que vivimos de trajinarla nos poníamos antes unas guirnaldas de esta hierba *canibaro* (1), de que la fuente está rodeada, y si llegaba la hierba fresca en la guirnalda, era señal de haber llegado el aguador a la fuente y cogido el agua, por



no darse aquella hierba sino allí en toda la comarca. Ahora nos contentamos con ponérsela a los cántaros. También he oído contar a mis abuelos que cuando llevaban lejos esta agua, un escribano daba testimonio de la persona, día, mes y año en que se cogía, y después el cura de la iglesia sellaba los cántaros de manera que no se pudieran abrir sin sentirse... Pero esto sucedía en tiempos del *Papa Bellotas*.

—¿Papa qué?

(1) La saxifraga.

—Del Papa Bellotas—recalcó el aguatero—. ¡Pues a fe que no se le oye!

En efecto: desde la torre del castillo romano que domina la población llovían las campanadas de un reloj de torre, que a la sazón daba las siete.

—¡Ah! ¿Este es el Papa de Antequera?—replicó, acordándose del otro de Burgos.

—¿Qué? ¿No había oído usted hablar de él?—exclamó el antequerano con asombro—. Ahí es nada un reloj que pesa cien quintales. Ni el Rey de España lo tiene en su palacio.

—¿Y es de veras que pesa tanto?

—Hombre, así lo anuncia él mismo:

Papa Bellotas me llamo,
cien quintales peso;
quien no lo quiera creer
que me coja en peso
y me lleve a la plaza
y de la plaza a mi casa
y me llamo Salvador del Mundo...

En esto ví venir a mi herbolario y dejé al aguador con la palabra en la boca. Venía el hombre con su escopeta terciada y cubierto de polvo, como quien pasó la tarde en el campo. Era solterón, sin más compañía que un mancebo o ayudante y una vieja ama de llaves y cocinera a un tiempo. Convidóme a pasar adentro y cenamos en seguida, porque ya la cena estaba dispuesta y él venía tan hambriento como yo, e hizo arreglar mi cama junto a la del ayudante, al cual ví muy extrañado de la calidad del huésped que recibía su patrón.

Aquella noche el herbolario estuvo parco de palabras; pero a la otra mañana, en cuanto salté del lecho, me tomó por su cuenta, diciéndome:

—Señor Incógnito—porque ni siquiera trató de averiguar cómo me llamaba—; señor caminante, póngase usted estos zapatos y este chaquetón que bien los necesita y que yo le oferto en nombre de Linneo. Desayúnese y dispóngase a herborizar. Para esto debe transmontar el cerro del castillo y a la otra falda perderse donde vea manchas de pitas lentiscos. Daréle un cuchillo de monte, un saco provision para todo el día, porque hasta media tarde no será la vuelta. Procure cortar lo más fresco y jugoso que encuentre.

—Amén—dije muy satisfecho.

Y salí de la botica vestido de nuevo y con mi talego al hombro. Bordeé la colina donde está la torre del Papa Bellotas y salí al tostadero del egido. Anduve y más anduve, y donde veía una tuna cortaba tal cual hoja, con más cuidado que pulquero saca gra un nopal. Arrebañé con las matas de lentisco en pocas horas colmé el saco. Pasé el día entre pastores y gañanes, oyendo cantar a las cigarras y bo-

ar los recientes, y lo pasé divinamente, porque a la noche me esperaba buena cama y buena cena.

¡Cuán poco se necesita para hacer apetecibles los pormenores más elementales de la vida!

Volví, pues, a media tarde adonde el herbolario con mi talego a cuestas, atufando a lentisco y con las manos verdes del zumo de las pitas. Hallé al buen hombre en su laboratorio, entre retortas y alambique. Vací mi carga y le pareció bien.

—Ahora—me dijo—va usted a servirme de ayudante químico, porque el otro está en el mostrador. Vamos a empezar por sacar el alcíbar de estas pen-cas. Esto le entretendrá algún tiempo; pero es facilí-simo de hacer.

E hízome cortar las hojas, algunas retorcidas como cuernos de cabra; ponerlas en unas vasijas para que destilasen el jugo y purificarlas en unas calderas a fuego lento, hasta que haciéndose una especie de jalea queda condensaba como la pez rubia.

En esto empleé bastante tiempo, y aún quedó la mitad por hacer para el día siguiente.

—Por hoy hay bastante—díjome a última hora el herbolario—. Mañana echaremos la jalea en cartuchos de papel y con esto tengo provisión de acíbar para vender a las boticas. Aunque son tres las clases de acíbar, éste que destila la pita, o áloe a lo farma-céutico, es el verdadero hepático de muy singular virtud purgante, llamado así porque se asemeja al hígado en el amargor del gusto.

Al otro día trabajamos en el lentisco, de manipu-lación más limpia y agradable. Hervimos gran cantidad de hojas en un caldero de agua y recogimos la espuma que sobrenadaba. Dejándola secar, ven-díale el herbolario con el nombre de *incienso ma-cho*.

—Por este estilo —díjome, a modo de apotegma, el herbolario—tengo mucho cuidado y estudio en el conocimiento de otras hierbas cuya noticia se ha perdido entre nosotros, pero que he leído en auto-res antiguos. ¡Gran lástima por cierto, que si no, más remedios simples tuviéramos, en vez de tener que recurrir a drogas y hierbajos de los salvajes de las Indias! Mi arsenal es la *Historia Natural*, de Plinio, donde se mencionan los famosos remedios que descubrieron los españoles en las hierbas de su país.

El tercer día me empleó en cosechar también tu-nas y lentisco, con lo que entretuve el cuarto al pie de los alambiques. Comprendí que más alambiqueo sería alambicar demasiado la hospitalidad de aquel buen hombre, y antes que me despidiera él, me des-pedí yo, dándole las gracias por su bondad.

Dióme dos duros de adehala, y, al dejar su tien-da, hízome brindar «a la salud de don Pedro Ximé-

nes, noble caballero de Málaga», o, lo que es lo mismo, me regaló con una copa del delicioso vino de esa marca.

Bajé la cuesta de la ciudad, orillé la finca del Ro-meral, y a medio camino de las dos leguas que van de Antequera a Archidona ví la *Peña de los ena-morados*, o media peña, a favor de los desmontes del ferrocarril, pero que de todos modos acredita el mal gusto de los amantes que para su refugio es-cogieron una roca árica y pelada.

Por fin, enré en el reino de Granada.

Antes de llegar al mar hay que atravesar la vega almeriense, que se extiende hasta la ribera, donde la besan y acarician las espumas del Mediterráneo; una vega de un color típico no parecido a otra región alguna, mezcla de árabe y español, de andaluz y levantino. Chumberas, higueras, palmas esbeltas como las de Africa, parras y más parras que tejen la tierra con sus verdes pámpanos, y extensas plan-taciones de naranjos y limoneros, cuyos dorados frutos parece han de encenderse para alegrar de noche la espléndida fiesta de sol. E interpolados aquí y acullá pueblecitos y caseríos, como manchas deslumbrantes de blancura entre el tono más suave del paisaje, con azoteas morunas.

Paralelamente a la muralla árabe que une la *Al-cazaba* con la Alta, se extiende el puerto. Al extre-mo derecho, mirando al mar, el muelle de los mi-nerales; al izquierdo, el de los lancheros. Como es suponer, yo paré en el último.

Desde allí se extiende la playa libre, pisada úni-camente por carabineros y pescadores. Dos filas de estos, cantando la zaloma, tiraban de la red que iba empujando un bote desde el mar. En el relevo de uno de los gañanes le tomé el corcho y quise pro-bar a tirar; pero me engañaron las fuerzas. Y para tonificar mi humanidad me aparté a una honesta distanciada a bañarme.

¡Con qué deleite lo hice! Un baño tomado en el seno de ondas mansas y acariciadoras, bajo una cú-pula de azul, como sucede en las rientes playas me-diterráneas, comunica cierta sensación voluptuosa y difícil de experimentar bajo el cielo variable del Norte y en mar de ordinario ceñudo. En éste se baña uno por higiene, casi a la fuerza; en el otro, por recreo, casi sin querer. Me zambullí, nadé como un atún, me lavé bien la piel, y siguiendo el areno-so fondo en declive, la resaca me devolvió a la pla-ya. Apenas si el cuerpo se enfrió en las templadas ondas levantinas. Se sale del agua sin tiritar, y la reacción viene en seguida a favor de una atmósfera tibia, casi ardorosa.

Así estaba echado desnudo en la playa, escarbando la arena, haciendo pozos o cogiendo conchillas y caracolillos, que ví a pocas varas de donde yo estaba otro hombre con baticola—que así llamaré, para más decencia, a los taparrabos—, haciendo cabriolas y zapatetas al aire.

—¡Vaya!—pensé—. Dios los cría y ellos se juntan. ¡Algún cofrade de la Santa Hermandad de la Vagancia!—Y no le hice caso—. El sí hizo caso de mí, porque tal como estaba vino a mi lado. En cuanto se llegó me apresuré a tapar mis vergüenzas.

—Buenas tardes—me dijo.

—Muy buenas—le contesté.

—Le ví nadar y estoy encantado de lo bien que lo hace usted. Lo que más le envidio es la plancha horizontal, que yo nunca he podido hacer.

Todo esto me lo decía en un tono que a la legua transcendía a extranjero. Se podía apostar doble contra sencillo a que era un inglés; pero por el tipo no lo parecía, y si más bien un moro del Rif, por la delgadez del cuerpo y por el color y lo avellanado de su cara. Como quiera que fuese, hablaba muy bien el castellano.

La *plancha horizontal* a que se refería consiste en tenderse boca arriba, sin hacer ningún movimiento ni esfuerzo, quedando completamente estirado en el agua. El cuerpo queda entonces sumergido, dejando ver únicamente los pies y parte de los brazos, manos y cara. En tal posición muchos están horas enteras en el agua, fumando y hasta leyendo (1).

—¿Es usted inglés?—le pregunté para salir de dudas.

—Sí, señor; marca *London*—repuso jovial—. Y ¿usted?

—Madrileño de Madrid, como dicen allá en los barrios bajos.

—¿Madrileño? ¿Y sabe usted nadar tan bien? Allí, según tengo entendido, la gente no recibe en toda su vida más agua que la del Bautismo.

Se refería, como es natural, a tantos conciudadanos nuestros hidrófobos, que se contentan buenamente con lavarse cara y manos, dejando el resto del cuerpo con una capa de mugre que buen año para el ladrillo con que Job se rascaba en el muladar. Sepulcros blanqueados, aparatosos por fuera y

(1) El licenciado D. Juan Revilla Oyuela, en su curioso libro *La enseñanza de la gimnasia*, afirma que en esta posición ha echado algunas siestas en plena alta mar y que podría dormir así toda una noche mejor que en muñida cama.

hediondos por dentro. Pero yo hube de salir en defensa de mis paisanos:

—Estas son exageraciones; en Madrid hay gente limpia y gente sucia, como en todas partes.

—¡Oh! no; entre nosotros, entre los ingleses, la purificación por el agua está en el rango de una virtud: la virtud de la limpieza.

—Será como usted dice; pero aquí estamos un español de tierra adentro que sabe hacer la plancha en el agua, y un inglés que no sabe hacerla.

—A eso venía, a que me la enseñara usted.

Sí; para eso estaba; para dar lecciones de natación. Cabalmente por no tener fuerzas para nadar más hube de recurrir a la *plancha*, y ahora salía el inglés con que se la enseñara. Y ¿qué inglés sería? Algún pelagatos, un minero, un descargador del muelle o cosa así.

—Es que se lo pagaré bien—añadió, comprendiendo que yo no quería ser maestro de balde—. Veo que no me conoce usted. Toda Almería sabe de mí; pero yo le diré quién soy.

En aquel instante ví cielos y mar de color de rosa. Comprendí que había topado con un inglés extravagante y que su chifladura haría provechoso mi paso por Almería. Hubo un momento que, olvidando que era un mortal como yo, se me antojó un dios marino, Neptuno, Pan, ¡qué se yo! surgido de las ondas para salvarme.

Púseme en pie para oírle mejor, y por poco no doy una zapateta de alegría. Pero entonces se sentó él, y al compás que jugaba con la arena fué diciéndome:

—Ante todo, la presentación. Me llamo Jorge de Stanhope. Excuso el título, es decir, si soy lord o místico, porque así, en pelota, alardear de par del Reino Unido sería caricaturesco. Me limitaré, por consiguiente, con poner a la cabeza de mi genealogía a Adán de Stanhope y a Eva de Stanhope, y a decirle que soy hombre rico.

—¡Dichoso y bienaventurado!—exclamé sin poderlo remediar.

—Lo sería, si a la riqueza añadiera lo demás, esto es, buen rostro y buena salud, que, con la mucha hacienda y bien ganada, son las tres cosas que hacen feliz a un hombre, según la balada escocesa; pero a mí me falta la última.

—¡Cómo sir!—repuse dándole tratamiento, pues entendí que era realmente un milord por su apellidado y por su elocución—. ¿Usted enfermo y desafiado en pernetas a estas horas al sol andaluz?

—Como que este sol es mi médico—repuso muy formal—. Padezco de una afección edematosa. Haré

(Continuará).